

MILANI Y EL DOPOSCUOLA EN TIEMPOS DE POSTGUERRA: FORMACIÓN VERSUS RECREACIÓN

Milani and the Doposcuola in post-War time: Formation and recreation

Conrad Vilanou Torrano¹

RESUMEN: *En este artículo se ensaya una aproximación a las relaciones que se establecen en la pedagogía de Lorenzo Milani entre formación y recreación, a la vista de su larga práctica educativa, iniciada en Calenzano (1947-1954) y continuada en Barbiana (1955-1967), y sus reflexiones pastorales publicadas en 1958. Después de situar la vida de Milani en la circunstancia histórica que gira en torno a la ciudad de Florencia, se pasa revista a su ideal formativo que entronca con la Bildung alemana, gracias a su tradición familiar y a la amistad con el pintor Hans-Joachim Staude. Por ello, en el caso de Milani la recreación no contempla las instancias (deporte, cine, televisión, etc.) que fomentaba el movimiento de la Acción Católica, sino que reclama una dedicación completa a la formación, con lo que la escuela (skolé) deviene la única condición de posibilidad para la honesta recreación, esto es, un ocio digno (otium cum dignitate), de modo que su pedagogía se inscribe en la mejor de las tradiciones humanistas.*

Palabras clave: *Milani, Italia, Formación, Recreación, Barbiana, Humanismo.*

ABSTRACT: *In this article, an approach to the relationships established in the pedagogy of Lorenzo Milani between training and recreation is tested, in view of its long educational practice, started in Calenzano (1947-1954) and continued in Barbiana (1955-1967), and his pastoral reflections published in 1958. After locating the life of Milani in the historical circumstance that revolves around the city of Florence, it reviews its formative ideal that links with the German Bildung, thanks to its family tradition and the friendship with the painter Hans-Joachim Staude. For this reason, in the case of Milani, recreation does not contemplate the instances (sports,*

1 La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha sido impulsada por Recercaixa. Agradezco al profesor José Luis Corzo sus observaciones, indicaciones y comentarios, que han sido de gran ayuda para la preparación y elaboración de este artículo.

cinema, television, etc.) promoted by the Catholic Action movement, but instead demands a complete dedication to training, with which the school (skolé) becomes the only condition of possibility for honest recreation, that is, a dignified leisure (otium cum dignitate), so that its pedagogy is inscribed in the best of humanistic traditions.

Keywords: *Milani, Italy, Formation, Recreation, Barbiana, Humanism.*

No hay duda de que la obra de Lorenzo Milani (1923-1967) es bien conocida en España gracias a los buenos oficios del profesor José Luis Corzo que ha dedicado buena parte de su labor intelectual a difundir y sistematizar la pedagogía milaniana. Sin ir más lejos, el año 1980 presentaba su tesis doctoral en la Universidad Pontificia de Salamanca que, además de obtener la máxima calificación académica, apareció publicada el año siguiente con el título de *Lorenzo Milani, maestro cristiano. Análisis espiritual y significación pedagógica*. A estas alturas, pues, se hace difícil decir cosas nuevas sobre el pensamiento educativo de Milani, aunque la hermenéutica pedagógica permite siempre ensayar lecturas e interpretaciones, a partir de las que ya se han llevado a término. Y ello más todavía si tenemos en cuenta que el profesor Xavier Besalú abordó recientemente la cuestión de la recreación, al poner de relieve la importancia de la pedagogía a tiempo completo de Milani que, después de condenar que se malgastaran las horas escolares, centra la atención en el dominio del lenguaje (Besalú, 2014).

Con estos antecedentes, intentaremos fijar nuestra atención en un aspecto concreto de sus *Experiencias pastorales* (1958), esto es, el capítulo segundo sobre las actividades recreativas que a los ojos de Milani presenta conexiones con el dedicado a la cultura general, desde el momento que la recreación mal entendida –ya sea dirigida por la Acción Católica o el Partido Comunista– entorpece y distorsiona la educación que, en lugar de liberar al ser humano, y acercarlo a su mayoría de edad, lo encadena a una diversión superficial que sólo aspira al entretenimiento banal y embrutecedor. Por lo demás, el profesor Corzo destaca la dimensión profética del judaísmo como una posible característica del pensamiento de Milani que, a modo de Nabí, denunció uno de los males de la sociedad moderna, esto es, la

cultura de masas, la “monotización del mundo” según expresó Stefan Zweig en 1925, un instrumento de manipulación ideológica que en manos del nazi-fascismo se convirtió en una máquina de adoctrinamiento. Tampoco es casual que aquellos dos regímenes totalitarios –liderados por Hitler y Mussolini, respectivamente– mirasen con atención las novedades que en el campo de la comunicación procedían de los Estados Unidos que en Hollywood habían construido una industria de nueva planta, el imperio de las sombras al decir de Joseph Roth, un fruto del Anti-Cristo (Roth, 2013).

Conviene reiterar que para algunos la cuestión de la recreación puede tratarse de un tema menor, tangencial y sin mayor relieve, pero si atendemos a la sistemática pedagógica y teológica de Milani nos damos cuenta de su real importancia. Al fin de cuentas, las actividades recreativas pueden conectarse con la fiesta, un elemento clave del calendario y de la liturgia. No en balde, la Revolución Francesa intentó cambiar la semana por una nueva ordenación temporal, de modo que substituyó el domingo –el día del Señor– por las fiestas decadarias, ya que la semana pasó a tener 10 días de acuerdo con una concepción racional-geométrica que coincidía con la implantación del sistema métrico decimal.

Sin embargo, es obvio que el juego y la fiesta han concitado la atención de teólogos católicos como Josef Pieper (*Una teoría de la fiesta*, 1974) y Hugo Rahner (*El hombre lúdico*, 2002), y luteranos como Jürgen Moltmann (*Sobre la libertad, la alegría y el juego. Los primeros libertos de la creación*, 1972). Además, con Romano Guardini *El espíritu de la liturgia* (una obra de 1917) adquirió una dimensión lúdica, vinculada a la idea de juego, en un contexto en que Huizinga rehabilitó el *Homo ludens* (1938) frente al *Homo faber*, al hombre nuevo del marxismo. En realidad, la imagen de un *Deus ludens* no es una novedad ya que en la tradición sapiencial del Antiguo Testamento se detectan vestigios del juego divino de la creación (*Proverbios*, 8, 30-31). Por ello, la teología lúdica reclama también un hombre lúdico, tal como Hugo Rahner desarrolla en *El hombre lúdico* (aparecido en 1952 y traducido cincuenta años después), donde pergeñó una interpretación lúdica del hombre, de un ser humano

que no ha roto los vínculos con Dios, un *Deus ludens* que, a su vez, reclama una *Ecclesia ludens* y, finalmente, un *homo ludens*.

A propósito, el itinerario que dibuja Hugo Rahner no va del hombre a Dios, sino al revés. Tanto es así que la presencia de un *Deus ludens* permite hablar de un *homo ludens* porque gracias a que Dios es un *Deus vere ludens* el hombre puede ser un *homo ludens*. De acuerdo con la estela de los *Ludimagistri* de la cultura occidental (Platón y Aristóteles, en lugar preferente), Rahner sigue las huellas de San Agustín y de Santo Tomás y, a su vez, los pasos de San Ignacio de Loyola y San Francisco de Sales. Por otro lado, Rahner (2002, p. 9) considera que el juego posee una bondad moral dado que es conveniente para la vida humana siempre que se practique según la virtud de la eutrapelia, que aparece en medio de la esquividad (*agroikia*) de aquel que es silencioso y extraño a la gente y de la burla (*bomolochia*) jocosa. Además, este juego conlleva una auténtica ascética del tiempo libre, de un ocio piadoso y ordenado, que halla su razón de ser en la alegría divina.

De hecho, aquel pasaje de *Proverbios* ha sido resaltado por varios teólogos que destacan el hecho de que el Hijo o Verbo de Dios, o la sabiduría jueguen ante el Padre, que ha creado el mundo en un acto totalmente libre. En concreto, Moltmann insiste en que se trata de la sabiduría de Dios y que, cuando la categoría de juego se aplica a la creación divina, se quiere expresar que la creación es un acto divino libre y voluntario que así escapa a la exigencia de toda necesidad. “La existencia del mundo no es necesaria. Lo ha expresado la teología al interpretar el mundo como «creación divina», en la siguiente reflexión: si la creación fuese necesaria para Dios, Dios no sería su «creador libre», si, por el contrario, fuese casual o accidental desde la eternidad, el creador libre no sería Dios, sino un demonio caprichoso” (Moltmann, 1972, p. 31). En suma, se trata de una teología de la esperanza que apela a una metafísica lúdica que descubre en el juego –y por extensión, en la fiesta– una bondad moral puesto que es conveniente para la vida humana.

1. MILANI Y SU CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA

Si tenemos en cuenta que Milani nació en 1923 y que por edad conoció la escuela fascista tampoco podemos desligar su pensamiento de esta realidad político-social que, como cualquier totalitarismo, acentuó las campañas propagandistas encaminadas a adoctrinar una juventud que se iniciaba en la escuela pero que continuaba su formación a través de un proceso de movilización que, a grandes rasgos, siguieron los sistemas totalitarios, no sólo el nazismo sino también el comunismo. Como es lógico, no podemos describir con detalle la visión pedagógica del fascismo italiano que en 1938, en plena guerra civil española, aprobó las leyes raciales contra los judíos que –a partir del mes de setiembre de 1943– fueron deportados a los campos de exterminio, después de haber sido separados anteriormente de la vida pública (escuelas, dispensarios, clubes deportivos, etc.).

Debemos recordar que después del armisticio, entre la Italia de Badoglio y los aliados, firmado el 3 de septiembre de 1943 y dado a conocer el 8 del mismo mes, las tropas alemanas invadieron el día 10 la ciudad de Roma, con la oposición de la resistencia interior. Pocas semanas más tarde, se produjo la *razzia* de la madrugada del sábado 16 de octubre después de la división de Italia en dos, la libre del sur y la ocupada por los alemanes en el centro y norte, la que correspondía a la República Social Italiana (Pezzetti, 2017). Uno de los aspectos más sorprendentes de la deportación de los judíos italianos a Auschwitz es, precisamente, su asimilación a la cultura italiana. Procede tener en cuenta que la comunidad hebrea de Roma era la más antigua de Europa y que el gueto de la ciudad se creó en 1555. Los judíos italianos habían colaborado activamente en la construcción de la moderna Italia, siendo partícipes del ideario patriótico y de la estructura del nuevo estado surgido en 1870 a raíz del *Risorgimento* y de las guerras de unificación.

Si Roma estuvo bajo el yugo nazifascista hasta el 4 de junio de 1944, con la conocida masacre de las fosas Ardeatinas donde el 24 de marzo de 1944 fueron ejecutadas 335 personas, los padecimientos de Florencia se alargaron hasta el 11 de agosto de aquel año al contabilizarse la muerte de 233 miembros de la comunidad judía.

Algunos pudieron salvar la vida gracias a la actitud del cardenal Elia Della Costa y al sacerdote Letto Cassini, que escondieron a diversos miembros de la comunidad hebrea, en casas particulares y conventos, circunstancia que también debió conocer Milani de primera mano. Precisamente, Milani ha sido considerado discípulo del cardenal Della Costa, justo entre las naciones, que estuvo al frente de la diócesis florentina hasta 1961, fecha de su fallecimiento.

Resulta evidente, empero, que no todos los hombres de Iglesia se opusieron al fascismo, hasta el punto que Agustino Gemelli, que fuera promotor de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán (creada a fines de 1921) y uno de los propagadores de la neo-escolástica, dinamizada por Mercier desde Lovaina al abrigo de la *Aeterni Patris* (1879) de León XIII, se adhirió a la carta en favor de la defensa de la raza, junto con otros intelectuales que se convirtieron en compañeros de viaje de la Solución Final. Tanto es así que Bassani en *Los anteojos de oro* (1958), se hizo eco de la actitud de Gemelli ante la cuestión judía, emitida en un artículo de *La Civiltà Cattolica*, en que plasmaba su antisemitismo a pesar de su filiación católica (Bassani, 1972, p. 75). Pues bien, Agostino Gemelli se adhirió, junto a intelectuales como Giovanni Gentile y Giovanni Papini, al manifiesto de la raza (1938) que habían preparado una decena de científicos italianos, de acuerdo con las orientaciones que procedían de Berlín contra los judíos. Como el mismo Alfred Rosenberg refleja en sus *Diarios*, insistió ante autores como Giulio Cogni –que escribió *Il razzismo* (1937)– a fin de que Italia se sumase a la política antisemita del III Reich, cosa que se consiguió en 1938 (Rosenberg, 2015, p. 284, p. 306). Se partía del supuesto de la existencia en la geografía italiana de dos partes bien diferenciadas, una nórdica y central de características germanas, y otra en el sur de connotaciones mediterráneas y latinas. Después de la guerra, Cogni fue profesor de estética y psicología en el conservatorio Luigi Cherubini de Florencia, circunstancia que tampoco debió pasar desapercibida a Milani que veía cómo los inspiradores del antisemitismo fascista mantenían su posición social bajo los gobiernos demócrata-cristianos.

Es más que probable que la *razzia* sobre los judíos italianos, que llevó a cabo la República Social Italiana en connivencia con la Gestapo, dejó su huella en el pensamiento de Milani que conocía por experiencia propia los métodos del fascismo italiano, un régimen totalitario que promovió la movilización de la juventud a través de la Opera Nazionale Balilla, creada el 1926, y la Juventud del Ligorio, lo cual generaba un proceso iniciático por franjas de edades (Hijos de la Loba, Balilla, Vanguardistas, etc.) hasta ingresar en el *Fascio*. Además, el fascismo completaba a través del desarrollo de actividades recreativas y deportivas el tiempo de la *dopuscuola*, de la misma manera que los obreros desarrollaban un conjunto de ocupaciones después del trabajo (*dopolavoro*), iniciativas que se inscriben en el proyecto de cultura de masas fascista. De ahí que Milani se haga eco en su libro sobre las *Experiencias pastorales* de la lucha por asegurarse la organización de las antiguas casas fascistas, en un intento por controlar el monopolio de la diversión, donde la Acción Católica tuvo un papel capital (Milani, 2004, p. 96).

Por de pronto, téngase en cuenta que Milani no veía necesidad fisiológica alguna para que los jóvenes de San Donato practicasen deporte, habida cuenta que estaban obligados a añadir a su jornada laboral un recorrido de unos dieciséis kilómetros diarios en bicicleta, ocho de ida y otros tantos de vuelta, para trasladarse a las fábricas. A pesar de todo, los jóvenes italianos veían en el ciclismo una oportunidad para salir de la pobreza, tal como refleja Carlo Levi en su novela, *Cristo se detuvo en Evoli*, escrita justamente en Florencia entre el mes de diciembre de 1943 y el mes de julio de 1944, cuando la ciudad era defendida por las tropas la República Social Italiana. Desde su confinamiento en el Sur de Italia por disposición fascista, Levi se dio cuenta de que aquellos jóvenes campesinos –entusiasmados por las gestas de los grandes ciclistas como Binda y Guerra, más tarde por las victorias de Bartali y Coppi– anhelaban convertirse en corredores y a todas horas, con sus bicicletas destartaladas, se lanzaban temerariamente por las carreteras con la ilusión puesta en emigrar al norte a fin de lograr el objetivo de convertirse en deportistas profesionales (Levi, 1964, p. 140).

No es necesario aclarar que el fascismo constituía un régimen de control y adoctrinamiento, en un contexto de exaltación patriótica con los dos campeonatos mundiales de fútbol conquistados –con medios no del todo ortodoxos– por Italia en 1934, competición que se disputó en tierras itálicas, y en 1938 en una final jugada en Francia contra Hungría, en la que los jugadores transalpinos, con figuras destacadas como Giuseppe Meazza, lucían camisetas negras en honor del fascismo. Si el fútbol fue uno de los elementos que utilizó el fascismo, la Italia post-bélica recurrió al ciclismo, sin olvidar que las bicicletas “se convirtieron en aliados imprescindibles del movimiento partisano que se oponía a fascistas y nazis” (Pereda, 2015, p. 103).

Se comprende entonces que Milani se oponga a la lógica pedagógica del estado liberal que en Italia se desarrolló al hilo de las proclamas de Gioberti, uno de los líderes del *Risorgimento*. Podemos añadir que la lógica pedagógica del estado-nación, basada en torno a la idea del niño-soldado, fue una herencia de la Revolución Francesa, con su proyecto de ejército popular, del pueblo en armas, que implantó el servicio militar obligatorio. Libros como el *Cuore* de Edmundo de Amicis (1886) ilustran perfectamente cuanto decimos, aplicado al caso de Italia que se lanzó con el fascismo a las aventuras militares expansionistas, ya fuese en España donde dio soporte a Franco o en África para ampliar sus posesiones coloniales. Entretanto, el *Cuore* de Edmundo de Amicis había sido actualizado por el fascismo a través de *Il Balilla Vittorio* de Roberto Silvio Novaro (Colin, 2012, pp. 246-253).

Pero muchos de aquellos jóvenes –entre los que se debía encontrar Milani– no deseaban tomar el fusil y salir en defensa de un régimen –la Italia de la República Social– que estaba herida de muerte, además de ser un simple satélite del III Reich. Papini que había huido de Florencia a una población de los alrededores, anota en su diario –22 de enero de 1944– las siguientes palabras: “Los jóvenes nacidos en 1924 y 1925, en lugar de ir a combatir, han preferido quedarse a trabajar con los alemanes en las trincheras que se están abriendo aquí mismo (El servicio del trabajo libra del servicio militar)” (Papini, 1964, p. 129). De alguna manera el fascismo –una síntesis de

nacionalismo y de socialismo, de imperialismo y de sindicalismo, según Papini— se encuentra por vía negativa en el trasfondo del pensamiento de Milani, que vio como los jóvenes pertenecientes a quintas posteriores a la suya fueron movilizadas en 1944. A la afirmación fascista, responde Milani con una negación en toda regla hasta el extremo que proclamar que la obediencia ya no es una virtud, un referente de su pedagogía que niega de cuajo la máxima fascista de que se había de obedecer, sin pensar ni rechistar.

De buen seguro que Milani no podía aceptar las consignas fascistas al uso: *Libro e moschetto, fascista perfetto*; *Mussolini ha sempre ragione*; *Il partito è la riserva politica e spirituale del regime*, entre otros muchos (Morente, 2001). Así las cosas, debemos recordar que uno de los lemas del fascismo italiano, acuñado por Mussolini y que fue asumido por la juventud italiana a través del GIL (*Gioventù Italiana del Littorio*) fue, justamente, el de *Crede, Obbedire, Combattere*. Quizás por ello su enfrentamiento a los capellanes castrenses que bendecían armas y tropas, en un contexto revanchista. Vale la pena recordar que Berta von Suttner —primera mujer en obtener el Premio Nobel (1905)— publicó *¡Abajo las armas!*, en 1889, sólo tres años después de la aparición de *Cuore*, el libro que unificó los sentimientos patrióticos italianos que quedaron afectados por el desastre militar de Caporetto (1917), que desencadenó una verdadera crisis de conciencia nacional, sin olvidar el impacto de novelas como *Adiós a las armas* (1929) de Hemingway.

Dejando aparte la cuestión del militarismo, otro de los caballos de batalla de Milani fue el deporte o, con más precisión, el espectáculo deportivo, visto como un fenómeno de masas que puede vincularse a la estética fascista. Cabe aducir que en el libro *Firenze in camicia nera* (2007), espléndidamente ilustrado, aparecen diversas fotografías de los vínculos del deporte con el *dopolavoro*, así como la exaltación del ejercicio físico de hombres y mujeres de cara al embellecimiento corporal y fortalecimiento de la raza. Es bien conocido que Mussolini procuraba transmitir un estilo de vida juvenil y deportivo, con lo que se divulgaban imágenes del Duce montando a caballo, jugando al tenis o esquiendo. La mística de las masivas

concentraciones fascistas no se alejaba mucho de la que se producía en los fastuosos espectáculos deportivos. El director de cine Ettore Scola reflejó en *Una giornata particolare* (1977) el ambiente que se vivió en Roma el 6 de mayo de 1938, cuando Hitler visitó la ciudad, dos días antes de que hiciera lo mismo en Florencia.

También es de notar que el fascismo promovió la industria cinematográfica como un eficaz vehículo de propaganda y así obligó a emitir a partir de 1926 el noticiario del Istituto Nazionale Luce (*L'unione per la cinematografía educativa*), un precursor del No-Do, para poner en marcha en 1937 los estudios de Cinecittà en que se filmaron películas al servicio de la ideología del régimen como *Scipione l'africano* (1937), que obtuvo un gran éxito (Cassese, 2010, p. 50). Bien se comprende que el Eje no sólo era una alianza política y militar, sino también estética que apelaba a las grandes construcciones que debían acoger concentraciones multitudinarias. No por casualidad, si reparamos en las instalaciones olímpicas berlinesas de 1936, se observa que su disposición se parecía al foro de Trajano. Aparte, el bello estadio tenía forma de anfiteatro romano. Hitler se obstinó en que se cubriera con el material “eterno” de la piedra natural. A la larga, Italia organizó en el verano de 1960 también unos Juegos Olímpicos que seguramente no agradaron a Milani que debió ver en ellos un elemento más para el despilfarro económico y el alejamiento de la juventud. En resumidas cuentas, podemos considerar la obra de Milani como una especie de contrapunto a la historia oficial italiana, ya sea en su etapa fascista o demócrata-cristiana que impuso su hegemonía política en 1948.

Con relación a los juegos de 1960, Pier Paolo Pasolini escribió que la mitad del pueblo los esperaba con curiosidad, “como una feria, como la fiesta del patrón, con tantos posibles encuentros y aventuras, confusiones, banderas, etc.”, mientras que la otra parte los veía “como una especie de Año Santo fuera de fechas” (Pasolini, 2015, p. 96). Podemos señalar que aquellos juegos fueron los primeros que se transmitieron en directo por televisión, con el triunfo de figuras legendarias de deporte como el boxeador Cassius Clay. Seguro que Milani mantuvo una actitud crítica ante aquel evento olímpico que

constituyó toda una fiesta para la Italia demócrata-cristiana, con el “himno de Mameli, la llegada de Gronchi”, el presidente de la república entre los años 1955 y 1962. De suerte que Pasolini dejó la siguiente impresión de la inauguración de aquel certamen deportivo que contó con el apoyo de los políticos demócrata-cristianos, entre ellos el inefable Giulio Andreotti que fue el máximo responsable de la organización de aquellos juegos:

“El ministro Andreotti pronuncia el discurso de bienvenida, y creo que es difícil imaginar un discurso más retórico y provinciano que el suyo. Es interminable, además de acabar miserablemente entre silbidos generalizados” (Pasolini, 2015, p. 101-102).

Queda claro que Lorenzo Milani se desmarcó del fenómeno deportivo entendido como espectáculo, que no sólo atendía a lo que sucedía en el estadio sino también a lo que se transmitía por los medios de comunicación, radio y televisión, sin olvidar el cine, sobre todo americano. A su entender, todo aquel engranaje no era más que una expresión de la “pompa diaboli”, del opio del pueblo que constituía una cara oculta, pero no menos perversa, del ateísmo. Así en las *Experiencias pastorales* –publicadas dos años antes de la celebración de los Juegos Olímpicos de Roma– declaraba sin ambages que “cine, radio y televisión son instrumentos del ateísmo activo” porque, al igual que el deporte, colonizan la vida humana y la alejan del mensaje evangélico (Milani, 2004, p. 95). Y lo que es peor todavía, muchos sacerdotes fomentaban estas actividades lúdicas, alegres y distendidas, a través de bares y locales recreativos, adscritos a parroquias con la bendición de los estamentos eclesiásticos.

De entre las notas biográficas perfiladas por el profesor Corzo destaca la afirmación de su “verdadera formación sacerdotal autodidacta”, aunque sus *Experiencias pastorales* citan a menudo las obras de Santo Tomás de Aquino, lo cual nos induce a suponer que su preparación en el Seminario –algo que no le debió satisfacer– se planteaba desde una perspectiva neo-escolástica. En este punto, vale la pena recordar que según la filosofía aristotélica existe la virtud de la eutrapelia, del juego honesto y conveniente, que no prohíbe

el solaz recreo de la juventud, una virtud que fue cristianizada por Santo Tomás.

Tampoco podemos pasar por alto el hecho de que desde 1917, cuando llegaron sus tropas, Norteamérica había irrumpido en la historia europea, con una inequívoca voluntad de trasladar al viejo continente nuevas costumbres. Ello hizo que al finalizar la Gran Guerra, también se difundiese por Europa una manera de vida que corresponde a lo que Francis Scott Fitzgerald denominó “Era del jazz”, que según este escritor se inició en Nueva York el 1 de mayo de 1919 con el desfile de los soldados victoriosos que regresaban de los frentes bélicos. En aquel contexto, se impuso un estilo de vida desenfadado que, a pesar de la ley seca, llamaba a la transgresión, que rompía los lazos con el pasado puritano de los pioneros y que, gracias a la radio y al cine, divulgaba unos nuevos arquetipos juveniles representados por las “flappers”, chicas alegres y provocadoras, y los nuevos filósofos que podemos fijar en la figura del gran Gatsby, que triunfa en el mundo de los negocios sin escrúpulos. Y todo ello, al son de la música de las grandes orquestas americanas que hacían bailar a los jóvenes frenéticamente, hasta el punto que algunas universidades norteamericanas llegaron a prohibir a comienzos del siglo pasado bailes como el tango en sus fiestas.

Este estilo de vida constituyó una novedad frívola que se acentuó a partir de 1943, cuando las tropas americanas desembarcaron al Sur de la península y se inició la liberación del territorio italiano. Esta segunda llegada de las tropas norteamericanas –que Curzio Malaparte retrató en *La piel* (1949), obra que fue incluida en el índice de libros prohibidos– debía ser definitiva para la americanización de los hábitos europeos, con el triunfo de sus películas, ritmos y bailes, amén de sus bebidas y deportes, aspectos que Milani no compartió al denunciar los defectos de las acciones pastorales que apelaban a este tipo de instancias, esto es, a un ocio que atentaba contra la dignidad del ser humano y que alejaba al joven de la auténtica vida cristiana. En fin, ya hace años, Gerhard Herm –en un libro clarividente– dejó constancia de este proceso de americanización de Europa que se inició antes de la Segunda Guerra Mundial, con lo que la crítica a los

Estados Unidos se convirtió en una moda literaria que –queramos o no– también se da en Lorenzo Milani, sobre todo con relación a la cinematografía yanqui (Herm, 1969, pp. 275-279).

2. MILANI Y LA GUIRLANDA FLORENTINA

De entrada hay que decir que tomamos de prestado la expresión “ghirlanda fiorentina” de Luciano Mecacci que la utilizó para titular su libro sobre la muerte, en atentado partiano, de Giovanni Gentile el 15 de abril de 1944, cuando Milani hacía unos meses que había entrado en el Seminario (Mecacci, 2014). Tres días después, el 18 de abril, se oficiaron los solemnes oficios religiosos por el eterno descanso de Gentile, a la vez que el cardenal Elia Dalla Costa, arzobispo de Florencia, el cónsul alemán Gerhard Wolf y Agostino Gemelli enviaron notas de pésame por su pérdida, con lo que se ponía de manifiesto la connivencia de algunos sectores de la Iglesia católica con el fascismo (Mecacci, 2014, p. 205). Aunque sea algo forzado, podría detectarse alguna coincidencia entre el neo-idealismo de Gentile con la escuela laica de Milani, habida cuenta que de acuerdo con la lógica hegeliana de la evolución del espíritu –arte, religión, filosofía– hizo que su reforma educativa contemplase la religión en la primaria pero no en la secundaria, circunstancia que no pasó desapercibida a Gramsci (Gramsci, 1974, pp. 154-155). Desde la perspectiva gentiliana, la religión se debía enseñar en la enseñanza primaria para poder captar el sentido de la evolución del espíritu en su devenir histórico, pero debía quedar excluida de la educación secundaria, planteamiento que molestó a la Iglesia Católica que después del Concordato de Letrán (1929), firmado gracias a la mediación del cardenal Pietro Gasparri, consiguió que la religión fuese incorporada de nuevo a la enseñanza media.

Digamos de paso que Florencia poseía un importante núcleo burgués al que pertenecía la familia Milani Comparetti, que se mantuvo alejada del fascismo. En Florencia –lo recuerda Mecacci– existía un Lyceum Club, abierto en 1908, sólo cuatro años después del primero que se instaló en Londres para la promoción de las mujeres.

Igualmente, en la capital de la Toscana florecía la cultura y las familias burguesas preparaban a sus hijos en un ideal de formación (*Bildung*) en que no faltaba el fomento del arte y de las humanidades. Sin embargo, Hitler se había paseado el 9 de mayo de 1938 en coche descubierto por las calles florentinas acompañado por Mussolini, en medio de un baño de multitudes. Mientras tanto, en Florencia había surgido un círculo que configuraba lo que se ha denominado la “ghirlanda fiorentina”, integrado por intelectuales próximos y contrarios al régimen. En cualquier caso, aquella guirlanda mantenía un vivo interés por la cultura, tal como corresponde a una ciudad con un potente sector burgués, sin duda proclive a la vida bohemia en medio de un decadentismo esteticista heredado de Gabriele D’Annunzio y del futurismo. Todo indica que los nombres de aquella pléyade son relevantes, si tenemos en cuenta que entre ellos sobresalen los de Croce, Montale y Papini. De manera paralela, la Academia de Italia, fundada en 1926, se trasladó a Florencia y fue presidida por Gentile (1943-1944), al que siguió Giotto Dainelli Dolfi, hijo de Florencia y alcalde de la ciudad bajo la República Social Italiana.

A estas alturas, no vamos a desvelar ningún secreto sobre la biografía de Milani, ya documentada por Neera Fallaci, José Luis Corzo y Miquel Martí, entre otros. De cualquier modo, valga subrayar que sus años de formación transcurrieron entre Florencia, Milán –a donde se desplazó su familia en 1930 y cursó la educación secundaria– y Savona, a través de un itinerario formativo que recuerda el seguido por otros elementos de la burguesía continental, integrada por familias mixtas, progresistas y liberales. Su árbol genealógico confirma cuanto decimos si bien destaca –como no podía ser de otra manera– el papel de su madre Alice Weiss, que procedía de Bohemia y que atesoraba toda la carga cultural de las mujeres judías ilustradas de Centroeuropa. Tampoco vamos a descubrir la importancia de las madres judías en la formación de sus hijos, como se desprende de casos tan emblemáticos como Elías Canetti y Marcel Proust. Se trataba, por lo general, de familias asimiladas que aceptaban los valores de los regímenes políticos establecidos y que habían defendido a sus respectivas naciones durante la Gran Guerra haciendo gala de

un inequívoco patriotismo. Con relación a los Milani Comparetti, podemos añadir que los recuerdos y reportajes fotográficos traslucen la tranquila comodidad de una familia burguesa culta, indiferente en materia religiosa, de largo abolengo y en la que convergen el humanismo y la ciencia, el éxito profesional y el trato con el arte. Naturalmente, se detecta una voluntad cosmopolita, tal como corresponde a una saga que procede en buena parte de la diáspora hebrea, ya sea por vía materna o paterna. Su bisabuela por parte de padre era Elena Raffallovich, originaria de Odesa y desposada con el filósofo Domenico Comparetti. No sorprende, pues, que gracias a este conjunto de factores, Lorenzo Milani fuese un políglota consumado tal como sucedió con otros intelectuales judíos de la misma época.

Añadamos, además, que los Milani debieron tratar a las grandes familias milanesas y florentinas, como los Pavolini y Spadolini, de significada influencia en la política italiana contemporánea. Así pues, Milani domina lenguas y lenguajes, lo cual configura una personalidad abierta a la comprensión de un mundo empalabrado, que intentará hacer extensible a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. No deja de ser curioso que uno de sus lemas “I care” estuviese en inglés. Mientras su hermano Adriano se dedicó con notable éxito a la pedagogía terapéutica, Lorenzo abogó por la formación de las clases sociales desfavorecidas en las zonas rurales con lo que su pedagogía adquiere ribetes de una *Volksbildung*, de una formación popular al alcance de todos. En suma, Milani fue un desclasado que, después de distanciarse de su familia, renunció a los beneficios de su clase social, a la vez que abandonó cualquier intento de seguir una brillante carrera académica o eclesiástica.

En el fondo, su itinerario formativo pone de relieve los intereses culturales de una familia que combina el estudio reglado del bachillerato en el liceo clásico Berchet de Milán, en que se diplomó el mes de mayo de 1941, y la iniciación en el mundo del arte, a través de la pintura, durante el período 1941-1943 cuando entró en contacto con el artista alemán Hans-Joachim Staude (1904-1973). Considerado el más italiano de los pintores extranjeros, hace unos meses ha sido objeto de un estudio monográfico en que ha sido presentado como *Un*

pittore europeo in Italia (2017). En este libro ilustrado, los autores Francesco Poli, Elena Pontiggia y Jakob Staude ponen de manifiesto la formación humanística, filosófica y literaria de este pintor que, además, gustaba de la música que cultivaba como pianista y compositor. En esta obra se incluye una entrevista realizada por Neera Fallaci en que se trató de la relación con Lorenzo Milani, su discípulo más conocido. En líneas generales, este vínculo personal nos induce a pensar que la *Bildung*, con su pasión por la literatura y las artes, llegó a Lorenzo no sólo a través de la vía familiar sino también gracias al pintor Staude, un artista viajero que después de dar la vuelta al mundo se asentó definitivamente en Florencia.

Agréguese que este artista –bien al contrario de la posición estética totalitaria– se vinculó a la vanguardia expresionista alemana, a la vez que participaba de la fe luterana, tal como confirma que esté enterrado en el cementerio evangélico de los laureles (agli Allori) de Florencia, donde también fue inhumada Oriana Fallaci, cuya hermana se encargó de escribir la biografía canónica de Milani, aparecida en 1994. Pues bien, según Neera Fallaci fue gracias al contacto con Staude que Milani maduró su conversión religiosa a comienzos de 1943, hasta el punto que decidió ingresar en el Seminario a finales de aquel año, cuando la ira nazi-fascista contra los judíos ya se había desatado impunemente.

Valga decir que en 1936, cuando contaba con 13 años de edad, dos antes de la puesta en marcha de las disposiciones antisemitas italianas, se bautizó, posiblemente con la intención de protegerse ante una posible persecución. Poco después de su conversión, recibió la confirmación el 13 de junio de 1943 de manos del cardenal Elia Dalla Costa poco antes de entrar en el Seminario. Su itinerario, pues, recuerda la trayectoria de otras conversiones de judíos al catolicismo, como la de Edith Stein, que probablemente desconociera a pesar de haber sido ayudante de Husserl que falleció en 1938, en un contexto intelectual en que la fenomenología ya se había consolidado. Ahora bien, si alguna característica singulariza a la pedagogía neo-hebraica (Rosenzweig, Buber, etc.) es, justamente, la obertura al diálogo, a la palabra. No por azar, en 1920 se abrió en Frankfurt la *Freie*

Jüdische Lerhaus, que funcionó hasta 1938, como una especie de institución libre dedicada al estudio de los temas judaicos. Con todo, la hermenéutica de Milani no va destinada a comentar los grandes textos bíblicos ni filosóficos, sino a leer el mundo de la vida entre los jóvenes de San Donato y Barbiana, sus alumnos, con lo cual su profetismo queda secularizado –una fe secular, según señala el profesor Corzo– con inequívocas connotaciones laicas y progresistas, y si se quiere, soteriológicas. Y ello más todavía si se tiene en cuenta que la pedagogía puede ser considerada un saber de salvación intrahumano que germinó durante la Ilustración, después del proceso moderno de secularización (Spinoza), con lo que adquiere dimensiones salvíficas, propias de un saber de redención y emancipación que no es incompatible con su fe secular.

Otro de los rasgos que descuelga de la vida burguesa de la familia Milani Comparetti es, justamente, su modernidad. Residían en casas salubres, utilizaban coches, frecuentaban los baños de mar, esquían en las montañas, gustaban de la música y del arte, viajaban por Europa, visitaban museos, etc., es decir, vivían en sintonía con los valores de aquella *Bildung* que se consolidó de manera especial en los hogares hebreos y en las familias mixtas, sobre todo durante el último tercio del siglo XIX. La novedad está en la decisión de Lorenzo de ingresar en un seminario de manera que no elige una vía política, sino una filosofía de la conciencia de raíz socrática que resulta compatible con el cristianismo. Desde el punto de vista del tiempo libre, Milani ha podido no solo estudiar sino también cultivar el espíritu (*cultura animi*) de modo que cuidará de que sus discípulos se abstengan de entrar en contacto con aquellas recreaciones que pudiesen pervertirlos. De la misma manera que él no debió participar de la cultura de masas, ya fuese la mística del estadio deportivo o las ciegas adhesiones de las manifestaciones fascistas, algo similar ideó para sus alumnos a fin de evitar el ofuscamiento de sus conciencias.

Por todo cuanto señalamos, resulta evidente que la trayectoria de Lorenzo Milani no se puede entender sin el fascismo, que tiñó sus años de formación. Lucio, el personaje masculino de la novela *1934* de Alberto Moravia, al ser interrogado sobre si es antifascista

responde con la siguiente argumentación: “Si es cierto, como creo que es cierto, que el fascismo es un régimen de masas, entonces soy antifascista” (Moravia, 1982, p. 265). Si aplicamos este criterio a Milani, bien podemos concluir que su pensamiento pedagógico constituye una respuesta al fascismo, o, si se quiere, una negación de la masificación, una oposición al adoctrinamiento ideológico fascista que él experimento en carne propia. En cierta manera, y aquí seguimos a Mariella Colin, Mussolini supeditó el catolicismo a la religión fascista, en su intento de alcanzar una religión del espíritu en sintonía con la filosofía de Gentile hasta fraguar una auténtica “mística fascista” que propició una fascistización de la sociedad (Colin, 2012, p. 197-198). Para conseguir tal objetivo no dudó en poner en marcha la Conciliación con la Iglesia católica, con la firma de los pactos de Letrán (1929) que frenaron las aspiraciones neo-idealistas de Gentile, que veía en la religión una propedéutica –de ahí su inclusión en el currículum de primaria– del itinerario del pensamiento hacia el espíritu.

Aparte de eso, Florencia desempeñó un papel capital durante los últimos compases de la Guerra, sobre todo después del desembarco aliado y de los sucesos del 25 de julio de 1943 con la destitución de Mussolini en favor de Badoglio. En aquellas circunstancias, la vida en Florencia adquirió un especial relieve en un momento en que Italia se debatía entre dos bloques, fascistas y demócratas, en un enfrentamiento bélico que comportó una auténtica guerra civil. Mientras tanto, intelectuales como Gentile y Papini vivían en Florencia, hasta el punto que el que fuera primer ministro de educación de Mussolini fue objeto de un atentado partisano en la ciudad del Arno el 15 de abril de 1944. Gentile que se mantuvo leal a Mussolini y a la República Social, fue la última persona en ser enterrada en la Basílica de la Santa Croce de Florencia, el 18 de abril de aquel año, en medio de una multitud, hechos que tampoco debieron pasar desapercibidos al joven Lorenzo Milani, cuyos años escolares estuvieron presididos por el trasfondo neo-idealista de la reforma Gentile. Parece evidente que a pesar de los esfuerzos fascistas, muchos jóvenes educados bajo aquel régimen político acabaron por rechazar aquella

jerga grandilocuente mezclada con las pretensiones ininteligibles del estado ético. Así retrata Moravia esta dinámica a través de la figura de Michele, un personaje de la novela *La campesina* (1957): “Había sido educado por los fascistas para que se convirtiese en un fascista; pero precisamente por el mero hecho que él era avisado y quería tener una vida a su modo, se había vuelto antifascista” (Moravia, 1993, p. 94).

Mientras tanto la Italia fascista creó en 1937 el Ministerio de Cultura Popular (MinCulPop), cuyos primeros titulares fueron Dino Alfieri (1937-1939) y Alessandro Pavolini (1937-1944), que desarrollaron activas campañas a fin de controlar la prensa, la radio y la edición de libros. Además, Pavolini –que cayó con Mussolini en su intento de huida a Suiza– procuró por todos los medios controlar a la juventud, tal como Andrea Camilleri recuerda cuando en la primavera de 1942 tuvo lugar en Florencia –ciudad de Milani– una “concentración de la juventud fascista y nazi europea”. Camilleri –que había obtenido un premio que debía recoger– da cuenta de aquella reunión de jóvenes de la Europa del Eje en el Teatro Municipal florentino, en que tomó la palabra Baldur Von Schirach, jefe de las Juventudes Hitlerianas. No sabemos si Milani acudió a aquella cita, ni que fuera a regañadientes y en contra de su voluntad, forzado por las circunstancias del momento, pero sí tenemos a mano la crónica que Camilleri dejó de aquel acto. En el escenario, inicialmente, sólo apareció la bandera nazi, lo cual obligó al joven auditorio a reclamar la presencia de la enseña italiana que, finalmente, apareció con un tamaño significativamente menor. Veamos el siguiente fragmento de su crónica:

“La Europa trazada por Von Schirach iba cobrando forma ante nuestros ojos como un inmenso cuartel, sórdido, desnudo, gélido, habitado por personas de uniforme con una sola consigna: «¡Obedecer!», sin la menor posibilidad de autonomía o de pensamiento individual y un único libro para leer, meditar, estudiar y aprender de memoria: el Mein Kampf de Hitler. Von Schirach se lanzó también a una acusación contra el llamado «arte degenerado», que no volvería a tener cabida en la Europa del mañana” (Camilleri, 2016, p. 61).

Con este telón de fondo, puede decirse sin temor al error que la propaganda fascista maquinó una cultura de masas que, curiosamente, mantuvo su vigencia después de 1945 aunque, debidamente americanizada, los objetivos eran muy diferentes. En cualquier caso, Lorenzo Milani –que se convirtió a través del contacto con un pintor de vanguardia como Staude, alguien que seguía el expresionismo, una corriente que encajaba en la denominación nazi de “arte degenerado”– se enfrenta a esta cultura de masas, primero al servicio del fascismo, y más tarde, a beneficio de una lógica consumista como la cultura de los espectáculos (festivos, deportivos, etc.), la mística del estadio que pronto pasó a la radio y a la televisión, instancias asumidas por la Acción Católica en sus actividades pastorales.

3. EL IDEAL FORMATIVO MILANIANO: LA OPCIÓN POR LOS MÁS VULNERABLES

Es bien conocido que Milani –que como hemos dicho pertenecía a una familia de ascendencia judía asimilada de la burguesía florentina– llevó a cabo después de ordenarse sacerdote en julio de 1947, una de las experiencias pedagógicas más singulares del siglo pasado que se ha puesto en relación con la escuela pía de San José de Calasanz y con la pedagogía crítico-emancipadora de Paulo Freire. Nos referimos a la escuela popular, una pedagogía laica y aconfesional para niños y adolescentes basada en los valores del personalismo, una experiencia que inició en San Donato en Calenzano entre 1947 y 1954 donde hacía de vicario de Don Pugi, y que continuó en Sant’ Andrea a Barbiana como Priore, dos parroquias de la diócesis de Florencia. Después de unos años en Calenzano, fue desterrado –exiliado según Michele Gessaldi– por disposición de la curia florentina a Barbiana. Al parecer, no fue el arzobispo Elia Dalla Costa quien decidió apartar a Milani hasta Barbiana sino su vicario general monseñor Mario Tirapani, según declaraciones de Renzo Rossi, compañero de Don Milani durante los años de seminarista. Allí abrió –en medio de la montaña– una escuela que funcionaba todos los días del año, una escuela continua, que permanecía abierta desde primera hora hasta las once de la noche, que además no suspendía (Martí, 1981, pp. 63-105).

En realidad, se trataba de una escuela a tiempo completo, donde “no había recreación” y “no se hacía fiesta ni el domingo” (Alumnos de l’escola de Barbiana, 1970, p. 16). Como vemos, era una escuela que llenaba todo el tiempo de los discentes ya que, a partir del principio de que “nadie era inepto para los estudios”, se ofrecía a aquellos jóvenes una última oportunidad que no se podía perder, según una lógica que quería establecer un continuo entre el tiempo escolar (un fracaso por muchos de aquellos jóvenes de Barbiana) y el tiempo de la *doposcuola*, que abría la posibilidad de mantener actividades después del horario escolar. Hay que matizar, sin embargo, que la *doposcuola* había sido manipulada primero por el fascismo con la propuesta de una religión de estado basada ideológicamente en el estado ético de Gentile y, más tarde, por los gobiernos de la Democracia Cristiana que –de acuerdo con el pacto entre Alcide de Gasperi y Vittorino Veronese– había dibujado una doble estrategia, política a través de la Democracia Cristiana y pastoral por medio de la Acción Católica.

El deseo último del pacto Gasperi-Veronese, que contaba con la bendición papal, era hacerse con el control de la juventud con el apoyo del médico Luigi Gedda, que lideró la Juventud de Acción Católica entre 1934 y 1946, al tiempo que fundó en 1944 el Centro Sportivo Italiano (CSI), que con su lema *Chiamati ad educare con lo sport* impulsaba la actividad deportiva entre las asociaciones católicas. En último término, se perseguía que los jóvenes frecuentaran los centros de la Acción Católica –con independencia si cumplían o no con sus obligaciones religiosas– para frenar la influencia del Partido Comunista italiano, liderado por Palmiro Togliatti, una situación que Guareschi satirizó en la oposición entre Don Camilo y Peppone, entre el apasionado sacerdote campesino y el encendido alcalde comunista, de filiación sindicalista, que recuerda a Stalin. Así las cosas, Milani consideraba que las casas del pueblo y los centros recreativos de la Acción Católica –herederos de las casas fascistas– castraban a los jóvenes, no fomentaban la formación, no ayudaban a llevar una vida digna y tampoco promovían la vida cristiana. Así describe Milani esta dinámica en el libro sobre las experiencias pastorales: “Los

sacerdotes de los recreatorios parroquiales y los comunistas de las Casas del Pueblo no aprecian a la juventud obrera y, por eso, con tal de no perderla, no han sabido hacer otra cosa que acariciar sus pasiones” (Milani, 2004, p. 175).

Se puede añadir que la primera entrega de la saga literaria de Don Camilo lleva fecha de 1948, un año después de la ordenación sacerdotal de Milani, una historia literaria que alcanzó gran éxito editorial e, incluso, cinematográfico. Huelga decir que la gran diferencia entre Don Milani y Don Camilo radica en el rigorismo del primero, que no acepta juegos, pasatiempos y diversiones, y la capacidad organizadora de actividades deportivas y festivas en el caso de los centros de “Recreación popular” del movimiento de la Acción Católica. Si hacemos caso a la descripción de Guareschi, estos establecimientos contaban con buenas instalaciones: salas de actos para conferencias y tertulias, biblioteca, un gimnasio cubierto, campo deportivo con piscina, jardín de niños con columpios, etc. (Guareschi, 1977, p. 113). No parece muy arriesgado suponer que esta estrategia suscitó la crítica y oposición de Milani que, en el tratado sobre las experiencias pastorales, declara lo siguiente: “Por eso considero las fiestas, en las actuales circunstancias y por el montón de incoherencia que inseparablemente comportan, uno de los elementos que han contribuido positivamente a la descristianización de este pueblo” (Milani, 2004, p. 41).

Por el contrario, este ambiente festivo no se daba en Barbiana, donde sólo existía una piscina que Milani hizo construir con la colaboración de los alumnos con la intención de que los chicos aprendieran a nadar, por lo que contó con la ayuda de un amigo inglés.

“Nos esforzamos casi doce meses para excavarla. Vino también alguno de los padres a ayudarnos. Mientras estaba en construcción estudiamos el cuerpo humano. Teníamos que saber todo... Cuando estuvo lista, Don Lorenzo llamó para la primera lección de natación a un instructor inglés amigo suyo. Estábamos obligados a hablar en su lengua. Como buen inglés, el hombre explicaba todo lentamente con fría puntilliosidad” (Gesualdi, 2017, p. 207).

En última instancia, Milani no podía permitir que sus alumnos perdieran un minuto fuera del estudio, por lo que llegó al extremo de proscribir las páginas rosadas de *La Gazzetta dello Sport*, fundado el 1896 que, aparte de organizar el Giro de Italia, sirvió para unificar de nuevo el país transalpino tras las heridas del fascismo y de la lucha fratricida que se produjo entre 1943 y 1945.

“El chico obrero muy a menudo sabe leer casi de corrido y, de hecho, lee la Gaceta Deportiva... Leer y entender la Gaceta es fruto de una «cultura» mecánica, reducida a fórmulas y vocablos convencionales y especializados. Fórmulas y vocablos que no abren todas las puertas y, sobre todo, que no abren puertas de altura” (Milani, 2004, p. 137).

Al referirse a un cura joven, adicto a la *Gazzetta dello Sport*, y contaminado por la vulgaridad que emanaba de sus páginas rosadas, escribe lo siguiente:

“En el pueblo de ese amigo mío (menos en el periodo electoral) se discute violentamente sólo por ciclistas como Coppi o Bartali. En el mío se discute a favor o en contra de un método de apostolado, de una forma de ser cura o de afrontar una cuestión moral o sindical” (Milani, 2004, p. 86).

Así pues, Milani –aunque poseía una vieja bicicleta negra, con la que peregrinó en 1950 a Roma (Gesualdi, 2017, p. 67-68), para lo cual solicitó permiso para quitarse la sotana, autorización que no consiguió– no podía aceptar que los chicos leyeran en la prensa las proezas ciclistas de Bartali y Coppi, los dos corredores que representaban –como apuntó Malaparte– las dos caras de una Italia dividida, entre demócrata-cristianos (Bartali) y progresistas-comunistas (Coppi) (Malaparte, 2007). Digamos de paso que Bartali militaba en el movimiento de la Acción Católica y fue puesto por Pío XII –considerado el Papa de los deportistas– como un ejemplo para la juventud católica. Conviene tener en cuenta que la Iglesia aceptó y promovió el fenómeno deportivo, una filosofía de la acción que a la luz de las Sagradas Escrituras se encontraba avalada por la primera carta de San Pablo a los de Corinto. De un modo significativo, la

actitud de la Iglesia respecto el deporte fue muy receptiva a partir de 1920, después de que el cardenal Mercier, pronunciase el discurso de recepción a los atletas titulado “Harangue aux Athlètes, lors des Jeux Olympiques d’Anvers”, el 14 de agosto de aquel año, y dirigido a los deportistas que compitieron en aquellos juegos que por causa de la Gran Guerra no se disputaban desde 1912.

No cabe sino señalar que, en la primera carta paulina a los corintios, se patentiza la dimensión atlética del cristianismo al elegir al corredor como símbolo del cristiano: “¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero uno solo alcanza el premio?” (1 Cor. 9, 24). Según San Pablo, el mundo es un estadio, la vida una carrera, una lucha y un pugilato, mientras que el cristiano se convierte en un atleta, Cristo la meta y el cielo una corona. Sin embargo, el mismo San Pablo en la primera epístola a Timoteo aconseja a los cristianos que se abstengan de practicar ejercicios gimnásticos al modo de los gentiles. “Ejercítate en la piedad porque la gimnasia corporal es de poco provecho; pero la piedad es útil para todo y tiene promesas para la vida presente y la vida futura” (1 Tm. 4,7-8). Es palmario que Milani leyó la literatura paulina desde esta segunda carta, no desde la primera –la epístola a los Corintios– que ha servido para justificar la raíz evangélica del deporte en los círculos católicos y protestantes, cuyas asociaciones como el YMCA (*Young Men’s Christian Association*) han promovido deportes como el baloncesto y el balonvolea. Justamente, una de las cosas que chocaba a los alumnos de Barbiana es que cuando se examinaban en los liceos les daban una pelota para jugar al baloncesto, práctica que ellos desconocían, con lo cual también suspendían la prueba de educación física.

Es justo añadir que Milani no da entidad a la educación física y a la práctica deportiva que constituyen lenguajes extraños a la naturaleza humana que era lo que se había de promocionar entre aquellos jóvenes que no tenían tiempo para la recreación deportiva, ni instalaciones, para el ejercicio físico. Nada mejor que el trabajo cotidiano que, con una importante carga de desgaste físico, constituía un importante elemento de fortalecimiento corporal. En fin, para Milani la educación física había de seguir un método natural, de vida sana

al aire libre y en contacto con la naturaleza, sin sofisticaciones deportivas. Por tal causa, sólo promocionó la natación con la piscina abierta en Barbiana, habida cuenta que nadar no es algo natural, sino que implica un proceso de aprendizaje que hay que seguir para saber nadar.

A pesar de la reticencia de Milani respecto la prensa deportiva, hay quien como Enrico Current ha enfatizado la importancia de *La Gazzetta dello Sport* como un elemento alfabetizador que abocó al pueblo italiano a la lectura (Fossati, 2015, p. 9). Hemos visto como Milani lanza repetidas inectivas contra el Giro de Italia en el libro sobre las experiencias pastorales. Después de todo, en su universo mental, deporte, cine, bailes, bares y demás distracciones banales –a menudo promovidas por la Acción Católica, tal como hemos señalado– son instancias que corrompen a la juventud. Puede decirse entonces que su postura responde a actitudes que recuerdan la tradición de los Padres de la Iglesia (Tertuliano, Novaciano) cuando condenaron los espectáculos del mundo romano que, al estimular el culto al emperador, identificaban como una muestra fehaciente de la “pompa diaboli”.

Como bien señala Marcos Pereda, Italia ha sido una nación que ha soñado ciclismo, para bien o para mal, de modo que la pugna entre los grandes campeones como Bartali y Coppi se convirtió en una cuestión casi de estado. Por otra parte, las grandes competiciones ciclistas como el Tour de Francia se corrían por quipos nacionales, aspecto que servía para fortalecer los sentimientos patrióticos de unidad, para lo cual las nuevas autoridades demócrata-cristianas, con el beneplácito de los comunistas, recurrieron al ciclismo como vehículo cohesionador de la Italia postfascista. Si Mussolini declaró la guerra a Francia el 10 de junio de 1940, cuando el país galo ya estaba vencido por los alemanes, después de la victoria aliada de 1945 el hecho de que Italia se impusiese en el Tour era mucho más que obtener la victoria en una simple carrera. Así en 1948 Gino Bartali obtuvo el triunfo, después de que el 14 de julio, Palmiro Togliatti fuese objeto de un atentado fascista en medio de la ronda francesa que se inició el 30 de junio y finalizó el 25 de julio. Aquel éxito de Bartali,

sirvió para que Italia canalizase sus ansias de paz y de concordia, más allá de las tensiones entre demócratas-cristianos y comunistas. Hoy sabemos que Bartali es –al igual que el arzobispo de Florencia Elia Dalla Costa– justo entre las naciones, por haber contribuido a salvar a más de 800 judíos.

Tampoco puede ser inoportuno apuntar que las críticas que Milani expuso contra el espíritu festivo se encontraban en el ambiente y que fueron avanzadas el 1925 por Zweig, cuando denunció los peligros de una sociedad americanizada. Para Zweig el peligro más evidente era el baile, al que seguía la moda, el cine y la radio. A través de estas instancias, siempre según Zweig, se conseguía que la monotonía penetrara con fuerza en los ámbitos más íntimos, con lo que se conseguía “la homogeneidad de las almas, un alma gregaria que se crea gracias a una incrementada pulsión de uniformidad, una atrofia de los nervios que favorece el desarrollo de los músculos, una extinción de lo individual que da paso preferente al prototipo” (Zweig, 2017, p. 57). A causa de ello, y frente al hombre gregario y monótono, Zweig propone –de acuerdo con su tradición burguesa liberal y cosmopolita, vinculada a la *Bildung* centroeuropea– una cultura crítica, que forme y no deforme, que salvaguarde la libertad humana como garantía del hombre espiritual. No olvidemos que Zweig escribió en 1925 las siguientes palabras, que muy probablemente Milani también hubiera suscrito: “El mérito mayor del hombre espiritual es siempre la libertad, libertad en relación con los demás hombres, con las opiniones, con las cosas, libertad para ser uno mismo” (Zweig, 2017, p. 63).

En una línea argumentativa que recuerda la posición de Zweig, Milani se opone firmemente a la cultura de masas, que ya fue ensayada por el fascismo. Obligado es recordar que el régimen mussoliniano instituyó en 1935 los sábados fascistas, una especie de réplica del sábado comunista, alentado por Lenin como una eficaz instancia de pedagogía social, pero en un sentido no estrictamente lúdico sino laborioso para aumentar la producción, un trabajo suplementario y revolucionario de cariz estajanovista (Lenin, sin año, pp. 75-110). En realidad, los sábados fascistas se inscribían en el marco

del *dopolavoro*, el movimiento dirigido al control de la educación y descanso del tiempo libre, una situación que Malaparte ridiculizó en el relato “Un día feliz” (Malaparte, 1983, pp. 91-118). Entre las acciones programadas en el sábado fascista, que empezaban al mediodía, sobresalían actividades culturales, gimnásticas, deportivas y para-militares. Una vez concluida la guerra, a partir de 1945, la vida social italiana –como la del resto de la Europa occidental– experimentó una americanización que recurrió al uso del cine, la música y la televisión para entretener y distraer a la juventud, recursos que –aunque fuese de buena fe– también fueron aceptados por la Acción Católica. Entretanto, Giuseppe de Avack –arzobispo de Camerino– en el prefacio a las *Esperienze pastorali* de Milani escribía que en lugar de la distracción que se fomentaba, los párrocos y los sacerdotes tenían otras obligaciones, o, lo que es lo mismo, el deber cívico de acuerdo con la concepción cristiana de la vida, más allá del deber político. Con esta aclaración Avack avalaba la pastoral de Milani que se desmarcaba de la línea oficial recomendada por la Acción Católica más preocupada de recrear a la juventud y de combatir al comunismo que no de espiritualizarla.

A decir verdad, Milani siempre fue a contracorriente y así se convirtió en una especie de solitario que recuerda la actitud de los jansenistas de Port Royal frente al París de los jesuitas, de aquellos que se desmarcaron de la corte real y todo el lujo y poder que conllevaba. Aunque sea una curiosidad, conviene tener presente que Carla Sborgi, una novia de juventud de Milani, manifestó al profesor José Luis Corzo –en una carta escrita en 1979– que Lorenzo era un solitario, por lo que “no pertenecía a escuelas, tendencias, etc.” (Corzo, 2014, p. 21). Todo da a entender que Milani forma parte de esa clase de hombres que circulan libremente, hasta el punto de que sólo escuchaba la voz de su propia conciencia de cristiano y sacerdote. Tengamos en cuenta, además, que por encima de todo Milani amaba a los marginados, aunque por propia extracción y formación conocía las comodidades burguesas. De idéntico modo, puede ser considerado una especie de anti-Camilo y, a su vez, un enemigo de la casa del pueblo comunista. “Es preciso que nuestra casa parroquial no tenga

absolutamente nada en común con la Casa del Pueblo. Y casi todo con un monasterio benedictino” (Milani, 2004, p. 153).

En consecuencia, y de acuerdo con el principio benedictino del trabajo (*ora et labora*), lo que propone Milani no es otra cosa que la escuela –*skolé* en griego significa ocio– se convierta en la auténtica y única recreación de los jóvenes. Por de pronto, cualquier otra actividad distrae y entorpece la formación del joven, una preparación laica, sin presencia de la enseñanza catequética pero que pone al alumno en el camino de su conversión por la acción de la Gracia divina que promueve la fe, y, por extensión, la cristianización de la juventud. Ahora bien, y sin minusvalorar el papel de la Gracia, Milani recurrió a su propio ejemplo, y así su trayectoria personal e intelectual –con conversión incluida– constituyó un referente para todos aquellos jóvenes que seguían las clases que impartía. Este planteamiento nos sugiere, a su vez, la existencia de modelos ejemplares en la vida de Milani, no sólo centrados en la figura de Cristo, sino también de personas concretas que actuaban –como el pintor Hans-Joachim Staude– como veraces cristianos.

En el trasfondo de la pedagogía milaniana, detectamos una impugnación no sólo de la escuela primaria oficial sino también del bachillerato. “El bachillerato antiguo era clasista sobre todo por el horario y por el calendario. El nuevo no los ha cambiado. Queda una escuela hecha a la medida de los ricos. De aquellos que la cultura la tienen en casa y van a la escuela sólo para sacar títulos” (Alumnes de l’escola de Barbiana, 1970, p. 32). En contra de lo que propugnaba aquella enseñanza secundaria, de corte individualista y basada en exámenes, en Barbiana se seguía una especie de enseñanza mutua y así un chico podía enseñar a otro. “Investigábamos todos juntos”, se lee en la carta a una maestra, con la condición de que “las horas pasaban serenas sin miedo y sin sujeciones”. Allí, en Barbiana, a diferencia de lo que sucedía en la escuela pública, no había notas ni vacaciones, y desde el primer momento Milani centró su pedagogía en la importancia de la lengua, que crean los pobres y monopolizan los ricos. “Los lenguajes los crean los pobres y los van renovando hasta el infinito. Los ricos los cristalizan para poder descalificar a quien

no habla como ellos. O para suspenderlo” (Alumnes de l’escola de Barbiana, 1970, p. 21). Sin duda alguna, Milani es consciente de la importancia de la lengua y del dominio de los lenguajes (político, económico, laboral, social, etc.) para la formación humana, de modo que llevará a su escuela una especie de giro lingüístico.

Efectivamente, si durante el *Risorgimento* italiano libros como el *Juanito* de Parravicini (1837) y *Cuore* (1887) de Edmundo de Amicis –ambos con gran presencia en España– se convirtieron en dos piezas clave de la alfabetización y escolarización transalpina, Milani ape- lará –después de rechazar la prensa deportiva– al uso del periódico a fin de atender a la formación de los jóvenes. Pero además de leer, hay que escribir, de modo que uno de los aspectos sobresalientes de su pedagogía estriba en la voluntad de redactar cartas, tal como hizo San Pablo en el mundo helenístico. Aparte de la carta a una maestra (1967), de la carta a los capellanes castrenses (22 de febrero de 1965) y la carta a los jueces (18 de octubre de 1965), tres textos básicos para entender el pensamiento de Milani, hay que significar que las dos partes que conforman las *Experiencias pastorales* (1958) concluyen con sendas misivas, la primera con una carta abierta a un predicador y la segunda con carta a Don Piero.

Es fácil ver que todo empieza por la palabra, por el logos, o, lo que es lo mismo, por la gramática, hasta el punto de que Gesualdi señala la existencia de un proceso de iniciación a través de tres niveles o estadios. En último término, todo radica en la fuerza del habla y la gramática. “En Barbiana, se aprende primero a hablar y se pasaba después a la gramática” (Gesualdi, 2017, p. 203). “Me han bastado –escribió Milani en 1958– con ellos tres años de gramática y de lengua. Y ahora vibran ante todo lo que yo quiero, ante la cultura, el pensamiento, la fe” (Milani, 2004, p. 136). Debemos hacer constar que aparte de la gramática, el proceso de aprendizaje de una lengua se profundizaba con la escucha de discos (segundo nivel) y viajes al extranjero (tercer nivel). Al fin y al cabo, y de acuerdo con el Evangelio joánico –“Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios”– la pedagogía de Milani gira en torno a la lengua, o, mejor aún, de las lenguas y de los lenguajes dado que vivimos

en un mundo empalabrado. “Yo las lenguas las he aprendido con discos”, se lee en la carta a una maestra que escribieron los alumnos de Barbiana, aspecto que coincide con lo que Gesualdi refleja en su reciente libro.

A raíz de esta actitud, la pedagogía de Milani se puede inscribir en el contexto del giro lingüístico que se produjo durante el siglo pasado, un giro que en el campo de la educación ya experimentó Wittgenstein cuando estuvo destinado como maestro en los Alpes austriacos. Igualmente, se ha dicho que Milani se puede encuadrar en la línea de aquellos que han apelado a la conciencia crítica (Sócrates) y que han dicho no a la razón de estado (Antígona). De idéntico modo, se opuso a la lógica totalitaria del poder establecido, tal y como hizo Dietrich Bonhoeffer frente al III Reich (Monticelli, 2012). Naturalmente, y en su condición de converso, Milani recibió la influencia de Simone Weil (Corzo, 2014, p. 41; Gesualdi, 2017, p. 72), lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta la apuesta que esta autora hizo a favor de los menesterosos. Al margen de otras posibles coincidencias, ambos autores muestran un distanciamiento respecto al intelectualismo y, lo que es más importante, un vivo interés por conocer la realidad de cerca, en primera persona, sin mediaciones filosóficas ni intelectuales como las que aconsejaba el bachillerato. Más que el mundo escolar, lo que preocupaba a Milani era el mundo de la vida (*Lebenswelt*), con lo que en su pedagogía se detecta una reacción vitalista que podemos emparentar con la fenomenología que formula su intención de volver a las cosas.

Quizás por ello, y ante la construcción neo-idealista de la educación fascista, inspirada en la filosofía de Gentile, Milani confirió a la pedagogía un sentido realista que trasluce la formación neoescolástica recibida en el Seminario y que coincide –al menos históricamente– con el neorrealismo italiano. A la postre, algunas de las ideas pedagógicas que defendió Milani se encuentran en el ambiente italiano de posguerra, en el espíritu de época de aquella encrucijada histórica, tal como aparece –por ejemplo– en la novela *El camarada* de Pavese, una obra de 1947 que describe el itinerario de iniciación política de un joven durante la época fascista. Ya en aquella

narración, Pablo –el protagonista, no Paolo– evidencia la necesidad de estudiar, sobre la base de una realidad histórica dominada por la manipulación ideológica.

“Para entender las cosas hay que estudiar, no las bobadas que nos enseñaban a nosotros en la escuela, sino cómo se lee un periódico, cómo está hecho un oficio, quién manda en el mundo. Se debería estudiar para saber prescindir de los que estudian. Para no dejarse timar por ellos. Ya entonces comprendía que el camino era éste. Para estudiar así seguramente habría un sistema. Había alguien que sabía todo esto. Pero encontrarlo, y hacerle comprender que yo había comprendido” (Pavese, 1982, p. 217).

Para mayor abundamiento, podemos señalar que muchas de las características del neo-realismo se reúnen en la pedagogía de Milani que apela a realidad de la vida cotidiana, y da la voz a personas que no son actores. Sabemos, además, que el neo-realismo poseía una gran fuerza pedagógica, tal como Roberto Rossellini –*Roma città aperta*, 1945– reflejó en sus escritos que denunciaban que la escuela se preocupase por las cuestiones técnico-profesionales y no por las ideas generales (Rossellini, 1972, p. 63). Por su parte, Pasolini (2017) puso a Milani en relación con la izquierda norteamericana y la revolución cultural china, con lo cual su pedagogía adquirió connotaciones de vanguardia, en el contexto cultural del mayo del 68.

En este contexto, la propuesta pedagógica milaniana ofrece, sobre un fondo realista (o mejor aún, neorrealista), una dimensión fenomenológica (Husserl), dado que aboga por volver a las cosas, al mundo de la vida (*Lebenswelt*), a lo cotidiano, a fin de captar el sentido de la vida y del mundo. De ahí la importancia de comentar el diario, como una herramienta básica para entender la realidad histórica de cada momento. “La historia de este medio siglo era la que conocía mejor. Revolución rusa, fascismo, guerra mundial, resistencia, independencia de los países africanos y asiáticos. Es la historia que han vivido el abuelo y el padre. Además, sabía la historia que yo vivo. Esto es, el diario, que leíamos cada día a Barbiana, en voz alta, de pies a cabeza” (Alumnos de la escuela de Barbiana, 1970, p. 28-29). En consecuencia, Milani se preocupa por la realidad inmediata

y concreta, lejos de las elucubraciones neo-idealistas de Gentile y de las neo-espiritualistas de Sciacca, que se difundieron durante la época post-fascista, con lo que la lectura y comentario de la prensa había de ir acompañada del viaje al extranjero, a Alemania, Francia o Inglaterra, sin menospreciar otros destinos, a fin de que los jóvenes se familiarizaran con otra lengua y pudieran, si conviniera, trabajar lejos de Italia. En fin, el viaje que propugnaba Milani poco tenía que ver con el *tour* o viaje formativo, para emular las andanzas del peregrinaje pedagógico del *Meister* de Goethe, sino más bien con el hombre que ante la necesidad se ve obligado a emprender el camino de la emigración, al ser imposible salir adelante en su tierra natal. Una vez más, Milani confirma su carácter desclasado, al ser –como señalan sus biógrafos– un “chico de familia rica” (Martí, 1981, pp. 13-19). Acaso por esto, Barbiana se convirtió en su auténtica provincia pedagógica.

Cuando nos acercamos al pensamiento y obra de Milani destacan dos facetas diferentes, aunque complementarias. Por un lado, su vocación pedagógica desplegada a lo largo de los veinte años que siguieron a la ordenación sacerdotal, entre 1947 y 1967, distribuidos en dos etapas que van de 1947 a 1954 en San Donato y entre 1954 y 1967 en Barbiana. Pues bien, junto a esta dimensión pedagógica, de una educación popular al servicio de los pobres, hay que destacar la acción pastoral, de una teología práctica que sistematizó en el libro *Experiencias pastorales* (1958) que fue retirado de las librerías por las autoridades eclesíásticas de Florencia, por indicación del Santo Oficio. En líneas generales, se puede decir que el clero no supo captar, salvo alguna excepción, el verdadero sentido de una pastoral radical que apela a la formación como condición de posibilidad de la conversión en consonancia con su fe secular. Con todo, el libro obtuvo antes el correspondiente “Nihil obstat”, aparte del prólogo de Giuseppe de Avack que, además de encuadrar la obra en una perspectiva opuesta al marxismo, destacaba la conveniencia de leerla, ya fueran sacerdotes, religiosos o laicos, al tiempo que ensalzaba el papel del sacerdote como mediador “è intermediario tra Dio e gli uomini” (Milani, 1967, p. 25).

De acuerdo con lo que decimos, el sacerdote no debe dedicarse a promover actividades lúdicas y centros recreativos sino a una pastoral que reclama el retorno a la vida auténticamente cristiana, lo que se puede conseguir por la Gracia que nos ayuda en el combate contra el pecado a través del sacramento de la confesión que así adquiere la condición de palanca o resorte de su teología, de cara a la conversión del joven que gracias a la formación participa de una fe secular. Todo indica que Milani abogó por una teología austera, sin recreaciones banales y sin política (por lo que rechaza la interferencia de la Democracia Cristiana y de la Acción Católica) desde el momento que el verdadero ocio (*skolé*) sólo se puede fomentar en la escuela, es decir, en la educación. De tal guisa que su pastoral radical, ya que va a la raíz del problema, esto es, a combatir el fracaso escolar de los jóvenes, ha de mantenerse al margen de cualquier otra consideración que no sea una voluntad educativa, de un auténtico ocio formativo que reclama la escuela diaria abierta a todas horas. Se puede añadir que la prohibición que pesaba sobre las *Experiencias pastorales* se ha mantenido hasta época reciente, si bien en los últimos tiempos –con la llegada del papa Francisco al pontificado– el tratamiento y consideración sobre Milani ha cambiado. A estas alturas, la Iglesia católica no ve en su obra la valoración que hizo el cardenal Florit –la cara oscura, el contrapunto negativo del cardenal Elia Dalla Costa– que lo tildaba de egocéntrico, orgulloso y desequilibrado (Gesualdi, 2017, p. 177), sino un profeta de los nuevos tiempos, un apóstol que, en contra de todos los convencionalismos, apuesta radicalmente por los más vulnerables.

Al hilo de lo expuesto, es casual que el papa Francisco fuese en peregrinación a Barbiana, donde rezó ante su tumba el martes 20 de junio de 2017, cuando estaba a punto de cumplirse el cincuentenario de la muerte de Milani. Con motivo de esta visita, el papa Bergoglio pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, dijo: “Ridare ai poveri la parola, perchè senza la parola non c’è dignità e quindi neanche libertà e giustizia: questo insegna don Milani”. Además, añadió que Milani llevó a cabo una misión de amor, “perchè non si può insegnare senza amare e senza la consapevolezza che ciò si dona

è solo un diritto che si riconosce, quello di imparare”. Si las dos características básicas de la *Paideia Christi* son el *Logos*, la palabra, y el amor, la *Charitas*, ambos rasgos se encuentran bien presentes en la pedagogía milanesa. En esta línea, el Santo Padre tuvo un recuerdo para el cardenal Elia Dalla Costa, responsable de la diócesis de Florencia, un verdadero mito según Riccardi, y justo entre las naciones por proteger la comunidad judía de Florencia y de Raffaele Benzi, el director espiritual de Milani. De una manera u otra, ambos –Dalla Costa y Benzi– tuvieron un papel capital en la decisión de Milani de ingresar en el Seminario florentino.

Los biógrafos de Milani comentan su encuentro con Raffaele Benzi, en el mes de junio de 1943, que fue su confesor y director espiritual. Justamente, Milani –tras una exquisita formación– renunció a cualquier situación de privilegio y optó por los más vulnerables (Besalú, 2014). Por ello, Milani puede ser considerado alguien que, como Cristo, lo abandonó todo, a la vez que abogó por una teología pastoral que recuerda la austeridad y el rigorismo del cristianismo primitivo siempre distante de las prácticas festivas, lúdicas y deportivas, que eran vistas como un fruto diabólico. No en vano, los cristianos que provenían del paganismo fueron los que con más firmeza condenaron la pompa diabólica de los espectáculos imperiales, aspecto que los autores humanistas latinos como Juvenal (Sátira X) también habían censurado al denunciar la cultura del “pan y circo”.

Llegados a este punto, conviene recordar que uno de los rasgos de la *Bildung* radica en su apoliticismo, es decir, el hiato que se abre entre cultura y política, hasta el punto que según algunos especialistas el Holocausto fue posible gracias a esta división, a este divorcio (Sala Rose, 2007). Visto retrospectivamente, lo cierto es que Milani detecta esta falta de compromiso de la *Bildung*, es decir, del ideal de formación que asumió la burguesía europea en el tránsito de los siglos XIX y XX y, muy especialmente, entre las familias de ascendencia judía. Por lo general, se trataba de una educación sin implicaciones religiosas, que respondía a los cánones de una tradición liberal burguesa que se había alejado del templo, ya fuera la iglesia o la sinagoga. Como mucho, las fiestas domésticas seguían

el calendario de cada confesión, ya fuera cristiana o judía, aunque había familias no practicantes que por simple formalismo celebraban las fiestas de ambos calendarios. Desde luego, Milani recibió una educación de ascendencia germana, que respondía a los tónicos de la *Bildung*, y así los tres hermanos –Adriano (1920), Lorenzo (1923) y Elena Paola (1929)– disfrutaron de una institutriz que ya se había ocupado de la formación de su madre. “La madrina del bautismo de los hermanos Milani fue en los tres casos la señora Elena Kraustover, que había criado a Alice tras la muerte de la madre y que sería la institutriz de alemán de los tres hermanos Milani” (Gesualdi, 2017, p. 34).

Más bien parece que Milani renunció al trato con la alta cultura a beneficio de los más vulnerables, al abjurar como los primeros cristianos de la cultura humanística. El dilema de San Jerónimo entre el ciceronianismo y el cristianismo también se da, en cierta manera, en el caso de Milani que orilló expresamente su pasado cultural humanístico, a beneficio de una vida austera en el seminario y una pastoral radical como sacerdote. Su humanismo persistió –eso sí– bajo la forma de la dignidad humana, representada por la tradición renacentista de Pico della Mirandola con su *Discurso sobre la dignidad humana* (1486), piedra de toque de su pedagogía humanista. De este modo, la *cultura animi* no tiene un sentido erudito ni académico, aspectos a los que Milani renunció expresamente, sino plenamente formativo ya que está orientada a fortalecer la dignidad de aquellos jóvenes abandonados por la sociedad y que el sistema pedagógico oficial condenaba al fracaso, con suspensos continuos.

Probablemente por este motivo, Milani diluyó la dimensión estética de su pedagogía. Miquel Martí recuerda que aunque los alumnos de Barbiana pintaban, no les hablaba sobre este arte hasta que un día “perdió el control y estuvo hablando durante cuatro horas de Piero della Francesca” (Martí, 1981, p. 105). Así pues, entre las renunciadas de Milani, encontramos este alejamiento de la alta cultura, para fijar la atención en los aspectos que interesaban más a la formación de sus alumnos. Si se ha dicho que la *Bildung* constituía un proyecto formativo individual, propio de la burguesía continental a caballo

de los siglos XIX al XX, Milani la adaptó en un sentido popular (*Volksbildung*) para aquellos jóvenes de las montañas. Desde este prisma, se comprende que aunque utilizó la música clásica como herramienta pedagógica, Gesualdi recuerda que un día de verano le hizo escuchar *La tormenta* de Beethoven, un retorno momentáneo al orden burgués de la *Bildung* (Gesualdi, 2017, p. 194-196). Aunque Milani había abdicado de su condición burguesa, a escuchar música culta y utilizar los pinceles, enseñaba algunas de estas técnicas –en especial, las de la pintura– a sus alumnos. “Era evidente la decisión de destruir de un puntapié todo residuo de su «yo burgués», pero sin renunciar a abrir a los muchachos de Barbiana el cofre que guardaba celosamente el mejor de la cultura de su mundo culto y privilegiado” (Gesualdi, 2017, p. 197).

Por ello, no podemos despreciar la variable estética en el universo de Milani y así no puede resultar descabellado si decimos que detrás de la conversión de Milani detectamos el contraste entre la belleza renacentista y la simplicidad natural, entre el esplendor de los palacios florentinos y la sencillez del cristianismo originario, entre la mentira del fascismo y la radicalidad del mensaje cristiano. No en balde, Gesualdi sitúa su conversión en Florencia, un día que paseaba con los utensilios de pintor, bien vestido y comiendo un trozo de pan blanco, lo que desató la ira de una madre con un hijo en brazos desde un balcón (Gesualdi, 2017, p. 210-211). Es indudable que en su conversión se detecta una austeridad que recuerda no sólo a los padres del desierto sino también al rigorismo de autores como Tertuliano y Novaciano, una vida severa y austera que recuperó la *devotio moderna* y, a su vez, el luteranismo con toques jansenistas. Por principio, en el universo de Milani, la figura de Lutero no debe ser expulsada del cristianismo, sino más bien incorporada como una aportación de primer orden, más aún si se tiene en cuenta la condición evangélica del pintor alemán Hans-Joachim Staude que influyó para que se produjera su conversión. No extraña, pues, que en las *Experiencias pastorales* salga en defensa de Lutero, que había sido maltratado por un conferenciante jesuita que Milani había invitado a una intervención en la escuela popular cuando estaba en San Donato (Milani, 2004, p.

123). Este respeto por Lutero en la década de los años cincuenta, nos da pistas sobre su elección ya que al abandonar la pintura en favor de la vocación sacerdotal, opta sin restricciones por una vida sobria, auténticamente cristiana, simple y sin mistificaciones como las fiestas recreativas, una consecuencia de la cultura de masas.

De ahí que Milani lo dejara todo, y más en concreto, la vida segura y tranquila de las familias judías asimiladas de manera que su opción nos inquieta porque pone de manifiesto la autenticidad de alguien que rechaza sus privilegios por amor a los pobres, a los vulnerables. Con esta actitud su comportamiento recuerda a Antígona que dijo que no al oponerse a la razón de estado, a Sócrates que a pesar de ser analfabeto enseñaba a pensar críticamente, y, lógicamente a Cristo, el hijo de Dios, que rompió los lazos con el judaísmo, si bien en su teología pastoral –que podemos calificar como radical– no se detectan huellas mariológicas aunque profesaba gran devoción a la Virgen. Su cristianismo –inspirado no cabe duda en Cristo– se diluye en una fe secular que mantiene un cierto aire de familia con movimientos neohumanistas, fraguados al socaire del ideal de la religión de la humanidad (Lessing, Pestalozzi, Natorp) siempre cercanos al protestantismo liberal. Si salvamos todas las distancias, podemos encontrar un eco pestalozziano en la pedagogía de Milani, ya que ambos autores –por caminos diferentes y épocas distintas, pero con un trasfondo inequívocamente cristiano– son abanderados de la filantropía, de la auténtica *Charitas*, del amor cristiano hacia los más vulnerables.

A tenor de lo manifestado, Milani postula una pastoral austera y simple, que destaca el papel de la formación (una reminiscencia de la *Bildung* burguesa que quiere que llegue a todos) y, a la vez mantiene un combate contra todo aquello que afecta negativamente al ocio digno del ser humano. Así se entienden las razones por las que Milani rechaza el cine, el baile, el bar y el deporte que en el tiempo de la postguerra –sobre todo el ciclismo– se puso al servicio de la construcción de la nueva Italia. Si en el siglo IV y V, los cristianos combatían la pompa del circo, que se equiparaba a la “pompa diaboli”, Milani hizo lo mismo muchos siglos después, al querer alejar a

los jóvenes de todo lo que podía pervertirlos, al afectar negativamente su dignidad humana, es decir, entretenerlos en aspectos banales que restaban tiempo para su formación y embrutecía su espíritu. No debían ser bestias, sino simplemente seres humanos, tratados y valorados como tales, de acuerdo a la dignidad que Pico della Mirandola ya estableció en el siglo XV a modo de síntesis de la cultura cristiana y la tradición humanística, una simbiosis en que la palabra (*logos*) se convierte en el mejor don del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, el Verbo, el Logos, la Palabra.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA FORMACIÓN, UN OCIO CON DIGNIDAD

Hemos ensayado en este artículo una especie de contraste entre dos conceptos básicos en educación como son la formación y la recreación. Bien mirado, la teología pastoral de Milani se distancia respecto los planteamientos de una teológica lúdica que encontró un buen valedor en el pensamiento de Hugo Rahner que parte de la virtud de la eutrapelia. Según este autor, la historia de este concepto depende de la evolución semántica del término, de manera que se detectan dos momentos en su trayectoria: la concepción griega y la doctrina cristiana. Así, por ejemplo, San Pablo –un judío helenista– en su carta a los Efesios (5, 3-4) confiere al término “eutrapelia” un sentido negativo al presentarlo como sinónimo de la expresión latina “scurrilitas” (bufonada, payasada). Al comentar la vida nueva del cristiano, San Pablo señala que hay que huir de la impureza. De modo que la palabra “eutrapelia” –“scurrilitas” en la Vulgata– es traducida en la versión del Nuevo Testamento Trilingüe por “chocarrería”, es decir, chiste grosero. Hugo Rahner añade que en el mundo latino “scurra” (truhán, bromista, burlón) corresponde al griego “bomolochos” (bufón, farsante, plaga) y, que en líneas generales, la “scurrilitas” constituía el vicio de los actores de teatro (Rahner, 1961 y 2002).

Pues bien, conviene tener en cuenta que la ética de Aristóteles había aceptado la eutrapelia tras reconocer que “en la vida también hay tiempo para el reposo, y una manera de reposar es entretenerse

divirtiéndose” (*Ética a Nicómaco*, IV). De acuerdo con la filosofía aristotélica la virtud consiste en un punto medio entre un exceso y una carencia. En este caso, los que “se exceden en lo que hace reír son considerados como bufones vulgares”, mientras que “los que no dicen nada que haga reír y llevan a mal lo que hagan otros parecen intratables y ásperos”. Por su parte, aquellos que se divierten afablemente y bromean decorosamente son joviales, esto es, tienen el ingenio vivo y mantienen el espíritu joven, hasta el punto que se da una correspondencia entre los movimientos del cuerpo y los del carácter. Por tanto, los joviales –aquellos que hacen suya la virtud de la eutrapelia– se comportan como quien es ágil en sus movimientos del carácter, por lo que en esta virtud resuena la unidad psicósomática entre cuerpo y alma (Bantulà y Vilanou, 2013).

Al paso, podemos añadir que durante los años de vida de Milani se gestó una teología festiva que influyó en el Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), que al poner de relieve que Cristo fue también un niño que debió jugar, abría la posibilidad de un acción alegre que sintonizaba con la pedagogía de San Juan Bosco y, más remotamente, con el carisma de San Francisco de Sales, obispo de Ginebra y autor de la *Introducción a la vida devota* (1609), una obra que puede verse como una alternativa a la teocracia que Calvino estableció en aquella ciudad suiza, con el rigorismo extremo que proscribió juegos, bailes y pasatiempos. De acuerdo con la eutrapelia, que San Francisco de Sales identifica con pasatiempo, se permite la recreación junto a la devoción. Ello no impide que San Francisco de Sales advierta a Filotea –a quien va dirigida la obra– sobre las tentaciones de bailes, festines, pompas y comedias, cosas que no son esencialmente perversas, pero que son peligrosas especialmente cuando uno se aficiona a ellas. “Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias no son esencialmente cosas malas, sino indiferentes, y pueden ejecutarse bien o mal; pero siempre son peligrosas, y aficionarse a ellas todavía lo es más” (San Francisco de Sales, 1931, p. 62).

Además *La introducción a la vida devota* dedica capítulos a los juegos prohibidos (XXXII), a los bailes y pasatiempos que son lícitos y que, no obstante, son peligrosos (XXXIII) y cuándo se puede

jugar y bailar (XXXIV). Al fin y al cabo, San Francisco de Sales propone una especie de criterio justo que reclama el uso de la razón. Por consiguiente, establece –desde una posición moderada y equilibrada, alejada de la severidad de otros autores, sobre todo calvinistas– una solución para conocer los límites de la actividad lúdica a partir de la siguiente fórmula: hay que jugar siempre por recreación y no por afición, evitando el afán de lucro. “Para jugar y bailar lícitamente, es menester hacerlo por recreación y no por afición, durante poco tiempo, sin cansarse ni rendirse, y muy de tarde en tarde; porque el que hace de ello una cosa ordinaria, convierte el recreo en ocupación” (San Francisco de Sales, 1931, p. 241).

Sin negar la presencia de connotaciones anti-festivas en su teología pastoral, lo que Milani propone es una revisión del espíritu lúdico-festivo de acuerdo con un talante crítico que desea que el ocio no sea embrutecedor, sino digno y liberador. Por un lado, se constata un retorno a los valores iniciales de los primeros cristianos, con su rechazo del calendario festivo imperial. El fascismo, que deseaba entroncar con el imperio romano, instituyó igualmente fiestas para el control ideológico de la juventud. Se hace evidente, pues, que a los ojos de Milani el espíritu festivo se había secularizado y que, en el mejor de los casos, existían viejos párrocos que mantenían diversas fiestas a fin de complacer a fieles que asistían los domingos a misa por rutina y que, por lo general, no se confesaban ni comulgaban, a excepción de la Pascua. Aquellos viejos párrocos, además, daban muestra de la “ineficacia de la enseñanza catequética” (Milani, 2004, p. 63), porque después de años de homilías, la práctica no aumentaba ni mejoraba su devoción, de modo que se imponía una cruzada educativa a fin de acrecentar el nivel cultural e intelectual de la juventud (Milani, 2004, p. 65). En *Experiencias pastorales* se lamenta de que los jóvenes, un tesoro para la Iglesia, abandonen los templos y sigan un camino de indiferencia religiosa. “Tenemos al chico en las manos cuando no tiene ni problemas ni intereses serios. Se nos va y encuentra en la familia, en el pueblo y en la fábrica, la escuela de la indiferencia religiosa, precisamente en la edad de tener los oídos más abiertos” (Milani, 2004, p. 15).

Excusado es decir que la verdadera recreación no se encuentra en el divertimento y la evasión, sino en la formación que constituye la condición de posibilidad de la *cultura animi* de la tradición humanística (Cicerón, Horacio) que, a su vez, entronca con el *otium cum dignitate* ciceroniano. En substancia, la vía pedagógico-culturalista que Milani traza no se vincula exclusivamente a la tradición del ideal de formación (*Bildung*) del neohumanismo, sino que si profundizamos en los orígenes podemos conectarla con el ideal del humanismo clásico de las *artes ad humanitatem* de Cicerón, aunque con un matiz ya que, para nuestro protagonista, las artes han de estar –en última instancia– al servicio de la dignidad humana, con lo cual adquieren una nueva dimensión: *artes ad dignitatem*.

Como resulta fácil comprender en el itinerario que va del humanismo clásico a la Florencia de Staude, su mentor intelectual, puede verse un continuo que puso a Milani en el horizonte de una propuesta pedagógica culturalista y laica, tal como corresponde a la estela humanista en sus diversas manifestaciones (humanismo clásico, renacentista, neohumanismo en el tránsito del siglo XVIII al XIX, nuevo humanismo de Curtius durante el período de entreguerras). Nos encontramos, por esto, ante una pedagogía neohumanista que busca a través del saber humanizar al ser humano, para facilitar aquella mayoría de edad kantiana que sólo la ilustración, o, si se quiere, la formación, puede conferir. Dicho con otras palabras: si *skolé* fue traducido por los latinos como *otium*, vemos como los dos términos –ocio y escuela– coinciden en uno solo, lo cual confirma que el lugar del verdadero ocio, de la recreación digna, únicamente puede radicar según Milani en la escuela (*skolé*). Con este enfoque, se puede explicar que Milani no comparta el criterio de aquellos que, al basarse en la virtud de la eutrapelia, presente en Aristóteles y cristianizada por Santo Tomás, aceptan la recreación como solaz recreo de la juventud, porque siempre se corre el peligro de perder de vista el fin último que no es otro que la formación, sobre todo cuando no se ha tenido ocasión por las exigencias de la cultura escolástica para alcanzarla.

Ni que decir tiene que una aproximación superficial al pensamiento milaniano puede inducir a suponer que en su teología pastoral

resuenan ecos de una austeridad –en algunos momentos de un cierto puritanismo– que lo ponen en relación con la mentalidad rigorista de algunos Padres de Iglesia (Tertuliano, Novaciano, Taciano), sobre la base de la teología paulina y agustiniana que condenó los espectáculos del circo. Después de los excesos de las fiestas medievales, este rigorismo dejó su impronta en los vientos renovadores de la *devotio moderna* que, a su vez, influyó sobre cenáculos cristianos como los solitarios de Port-Royal siempre contrarios al espíritu mundano de los jesuitas. Por consiguiente, se ha dicho que el origen de la pedagogía debía haberse vinculado a la lógica de Port-Royal, en lugar de hacerlo al pensamiento de Rousseau, de modo que la auténtica modernidad –y por tanto, la espiritualidad moderna– se encontraba *in nuce* en el jansenismo, siempre bajo el influjo de san Agustín (Pamparacuatro, 2008, pp. 139-168). De todas formas, la modernidad pedagógica toma a Rousseau como un punto de partida, con su naturalismo que, por su ascendencia ginebrina, presenta también dosis puritanas a menudo olvidadas. En el fondo, Rousseau se encuentra más cerca de la Esparta de Licurgo y de la Roma arcaica que no de la Atenas opulenta y del París de los cortesanos.

La religiosidad de Milani se manifiesta en la entrega a los demás, exige una contención en el ámbito festivo y una vida austera, hasta el punto que su teología se encuentra más cerca de la confesión evangélica –o mejor aún, del protestantismo liberal– que de una concepción católica de las cosas. Al fin de cuentas, y sobre la base de la pureza cristiana, la recreación que Milani recomienda es la *cultura animi*, esto es, la conveniencia de atender a la formación de aquellos niños y adolescentes, con la intención de que el saber contribuya al desarrollo de la dignidad en aquellos jóvenes desamparados de todas las instancias político-sociales y que, en el mejor de los casos, podían caer en el círculo vicioso de una diversión embrutecedora que corrompiese en lugar de ennoblecer.

Insistimos, una vez más, que en el caso de Milani la acción pastoral gira en torno a la cultura, al ideal de formación, de modo que podemos afirmar que es un pedagogo culturalista que recuerda la edad del espíritu de Joaquín de Fiore, secularizada por Spinoza, Lessing y

las corrientes neohumanistas. En consecuencia, aboga por la *cultura animi*, desde el momento que el cultivo del espíritu adquiere una dimensión liberadora y emancipadora, en la mejor de las tradiciones ilustradas, de un cristianismo ilustrado que desea romper con los viejos esquemas catequéticos y que recuerda, desde su posición laica, la teología de Bonhoeffer –un cristianismo arreligioso, según Evangelista Vilanova (1992, pp. 755-759)– que como sabemos siguió el rastro de la pedagogía de Pestalozzi y Natorp.

En efecto, con fecha 17 de enero de 1945, y desde la cárcel de la Gestapo de la calle Prinz-Albert de Berlín, Bonhoeffer remitió una carta a sus padres en que pedía que le facilitasen dos obras de Pestalozzi (*Leonardo y Gertrudis, Las veladas de un ermitaño*) y la *Pedagogía Social* de Natorp (Bonhoeffer, 1983, p. 280-281). Los biógrafos de Bonhoeffer destacan el interés del teólogo alemán por estos autores, ya que “quería conocer mejor determinados aspectos del siglo XIX literario y rehabilitar la tradición de los padres, de Keller a Harnack y de Pestalozzi a Dilthey, frente a las nuevas corrientes existencialistas” (Bethge, 1970, p. 1137). Además de las similitudes entre el cristianismo arreligioso de Bonhoeffer y la fe secular de Milani, podemos resaltar que ambos mostraron interés por la pedagogía, el alemán teóricamente para dar forma a su cristianismo arreligioso, el italiano prácticamente al construir desde la base, con su pedagogía popular a tiempo completo, una pastoral que promovía una fe secular que adquiriría la condición de posibilidad para una posible conversión, con el auxilio de la Gracia que había de iluminar la fe cristiana.

Sin lugar a dudas, Milani con su teología sin recreación festiva recuerda la posición de Bonhoeffer que en *Resistencia y sumisión* afirma que “la muerte es la fiesta suprema en el camino de la libertad”. Si Bonhoeffer se enfrentó al nacionalsocialismo, Milani hizo lo mismo con el fascismo ideológico y la naciente cultura de masas que no hace más que pervertir al ser humano. Y ello todavía es más grave si se trata de jóvenes vulnerables, para los cuales solamente existe una fórmula: ocio con dignidad, escuela crítica para la emancipación, a fin de alcanzar la mayoría de edad y evitar caer en el gregarismo.

En definitiva, para Milani cada alumno es digno de ser atendido pedagógicamente para que participe de los valores de la cultura humana (*cultura animi*) que han de ponerse al servicio de la dignidad humana, un principio irrenunciable de la tradición occidental, de la matriz dibujada por el profetismo hebreo, la cultura greco-latina y el cristianismo. En su Florencia natal, se dieron –en apretada síntesis– estos tres vectores que proceden de Jerusalén, Atenas y Roma que, como ha indicado el profesor Fullat, marcan el derrotero de Europa, siempre constante en su inconstancia. A la vista de esta opción culturalista, forjada a través del ideal de formación de la historia occidental, no extraña que la escuela de Milani fuese laica, su teología secular y que la recreación quedase supeditada a la formación.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ALUMNES DE L'ESCOLA DE BARBIANA. *Carta a una mestra*, Barcelona, Editorial Nova Terra, 1970 (2ª ed.).
- AA. VV. *Firenze in camicia nera. Le cerimonie, le adunate, le celebrazioni del Ventennio sulle rive dell'Arno*, Bologna, Edizioni Pendragon, 2007.
- BANTULÀ, Jaume y VILANOU, Conrad. “Sobre la eutrapelia o la virtud del juego. Moralidad, historia y educación”, *Bordón*, vol. 65, 1 (2013), 47-58.
- BASSANI, Giorgio. *Los anteojos de oro*, Barcelona, Barral editores, 1972.
- BESALÚ, Xavier. “L'acció educativa amb els més vulnerables. Lorenzo Milani i el valor del temps”, en GALCERÁN, Mar y VILANOU, Conrad (Eds.): *Crisi, vulnerabilitat i pedagogia social. Perspectiva humanista*, Barcelona, Editorial UOC, 2014, 125-143.
- BETHGE, Eberhard. *Dietrich Bonhoeffer. Teólogo-cristiano-hombre actual*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1970.
- BONHOEFFER, Dietrich. *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, editadas por Eberhard Bethge, Salamanca, Editorial Sígueme, 1983.
- CAMILLERI, Andrea. *Mis momentos*, Barcelona, Duomo Ediciones, 2016.
- CASSESE, Sabino. *Lo stato fascista*, Bologna, Il Mulino, 2010.
- COLIN, Mariella. *I bambini di Mussolini*, Brescia, La Scuola, 2012.
- CORZO, José Luis. *Lorenzo Milani, maestro cristiano. Análisis espiritual y significación pedagógica*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1981.
- CORZO, José Luis. *Don Milani: La Palabra a los últimos*, Madrid, PPC, 2014.
- FOSSATI, Mario. *El Tour de Francia. Fausto Coppi hacia la gloria*, introducción de Enrico Currò, Madrid, Gallo Nero, 2015.

- FULLAT, Octavi. *Valores y narrativa. Axiología educativa de Occidente*, Barcelona, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 2005.
- FULLAT, Octavi. *Impertinentes. El desgarrar de pensar*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 2016.
- GESUALDI, Michele. *Don Lorenzo Milani. El exilio de Barbiana*, prefacio de Andrea Riccardi, Madrid, PPC, 2017.
- GRAMSCI, Antonio. *Pasado y presente*, Buenos Aires, Granica, 1974.
- GUARESCHI, Giovanni. *Don Camilo*, Barcelona, Planeta, 1977.
- HERM, Gerhard. *USA conquista Europa*. Barcelona, Noguer, 1969 (2ª ed.).
- LENIN, V. I. *La cultura y la revolución cultural*. Moscú, Editorial Progreso, sin año.
- LEVI, Carlo. *Crist s'ha aturat a Èboli*, Barcelona, Vergara, 1964.
- MALAPARTE, Curzio. *Primera sangre*, Barcelona, Argos-Vergara, 1983.
- MALAPARTE, Curzio. *Les deux visages de l'Italie. Coppi et Bartali*, Paris, Bernard Pascuito éditeur, 2007 [Texto aparecido inicialmente el año 1947, en el número 6 de *Sport Digest* (La Revue du Sport dans le monde)].
- MÁRAI, Sándor. *Confesiones de un burgués*, Barcelona, Salamandra, 2016.
- MARTÍ, Miquel. *El mestre de Barbiana*, Barcelona, Hogar del Libro, 1981 (2ª ed.).
- MECACCI, Luciano. *La Ghirlanda fiorentina e la morte de Giovanni Gentile*, Milano, Adelphi edizioni, 2014.
- MILANI, Lorenzo. *Esperienze pastorali*, Firenze, Libreria Editrice Fiorentina, 1967. [Prefacio de Giuseppe d'Avack, arzobispo de Camerino].
- MILANI, Lorenzo. *Experiencias pastorales*, traducción, introducción y notas de J. Luis Corzo, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- MILANI, Lorenzo. *L'obediència ja no és una virtut*, traducción, introducción, epílogo y notas de Miquel Martí Solé, Barcelona, Rosa Sensat, 2014.
- MILANI, Lorenzo. *A che serve avere le mani pulite se si tengono in tasca*, Milano, Chiarelettere editore, 2012.
- MOLTMANN, Jürgen. *Sobre la libertad, la alegría y el juego. Los primeros libertos de la creación*, Salamanca, Sígueme, 1972.
- MONTICELLI, Roberta de. “Dell'obbedienza e della servitù”, en MILANI, Lorenzo.: *A che serve avere le mani pulite se si tengono in tasca*, Milano, Chiarelettere editore, 2012, pp. VIII-XIX.
- MORAVIA, Alberto. *1984*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982.
- MORAVIA, Alberto. *La campesina*, Barcelona, RBA, 1993.
- MORENTE VALERO, Francisco. “*Libro e moschetto*”, *política educativa y política de la juventud en la Italia fascista 1922-1943*, Barcelona, PPU, 2001.
- PAMPARACUATRO MARTÍN, Javier. “Aspectes i innovacions pedagògics de Port-Royal: «la Logique ou l'art de penser» i la «Grammaire générale et raisonnée»”, *Temps d'Educació*, 35 (2008) 139-168.

- PAPINI, Giovanni. *Diario*, Barcelona, Editorial Mateu, 1964.
- PASOLINI, Pier Paolo. *Sobre el deporte*, Barcelona, Contraediciones, 2015.
- PASOLINI, Pier Paolo. “La cultura campesina de la escuela de Barbiana”, *Educar(nos)*, 77 (2017) 9-12.
- PAVESE, Cesare. *El camarada*, Barcelona, Bruguera, 1982.
- PEREDA, Marcos. *Arriva Italia. Gloria y miseria de la nación que soñó ciclismo*, Torrelavega, Editorial Popum Books, 2015.
- PEZZETTI, Marcello. *16 ottobre 1943. La razzia*, Milano, Memoriale della Shoah di Milano, 24 gennaio-13 aprile 2017, a cura di Marcello Pezzetti, Roma, Gangemi editore, 2017.
- PIEPER, Josef. *Una teoría de la fiesta*, Madrid, Rialp, 1974.
- POLI, Francesco; PONTIGGIA, Elena; STAUDE, Jakob, *Hans-Joachim Staude (1904-1973). Un pittore europeo in Italia*, Firenze, Centro Di, 2017.
- RAHNER, Hugo. “Eutrapélie”, *Dictionnaire de Spiritualité, Ascétique et Mystique*, París, Beauchesne, tome IV (1961) 1726-1730.
- RAHNER, Hugo. *El hombre lúdico*, Valencia, Edicep, 2002.
- ROSENBERG, Alfred. *Diarios 1940-1944*, edición a cargo de Jürgen Matthäus y Frank Bajohr, Barcelona, Crítica, 2015.
- ROSSELINI, Roberto. *Diálogos casi socráticos con...* Montaje de Jos Oliver y José Luis Guarner, Barcelona, Anagrama, 1972.
- ROTH, Joseph. *El Anticristo*, Madrid, Capitán Swing Libros, 2013.
- SALA ROSE, Rosa. *El misterioso caso de las letras alemanas*, Barcelona, Alba editorial, 2007.
- SAN FRANCISCO DE SALES. *Introducción a la vida devota*, Barcelona, Luis Gili, 1931.
- SANTO PADRE FRANCESCO. *Pellegrinaggio a Bozzolo (Diocesi di Cremona) e a Barbiana (Diocesi di Firenze). Visita alla tomba di Don Lorenzo Milani. Discorso commemorativo del Santo Padre*, 2017 [w2.vatican.va/content/Francesco/it/speeches/2017] [Fecha consulta: 28 de noviembre de 2017].
- TERTULIANO-NOVACIANO. *De Spectaculis: ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Las Palmas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria-Madrid, Ediciones Clásicas, 2001.
- VILANOVA, Evangelista. *Historia de la teología cristiana*, Barcelona, Herder, 1992 (vol. III).
- ZWEIG, Stefan. *La desintoxicación moral de Europa y otros escritos políticos*, Barcelona: Plataforma editorial, 2017.